

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T **POIICIACO**

SONATA DE FURIA

Clark Carrados



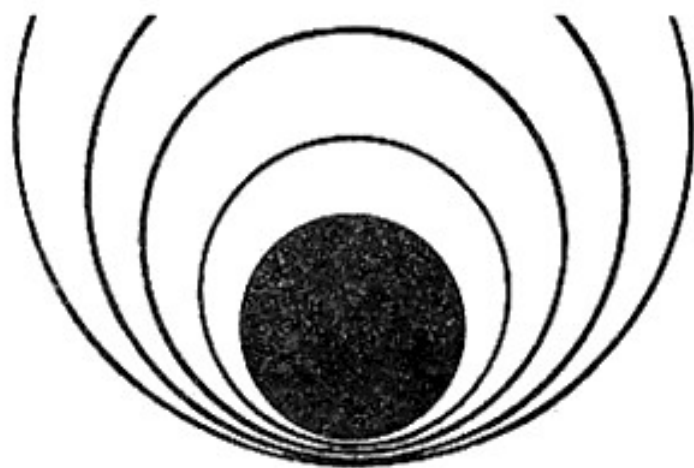
SONATA DE FURIA

CLARK CARRADOS



Colección
PUNTO ROJO n.º 1.088
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS -
MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.833 — La muerte usa Colt 44.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.698 — Un «Rolls» a la puerta.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.081 — El crimen que no se cometió.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520— X

Depósito legal: B. 1.352-1983

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1983

1ª edición en América: septiembre, 1983

© Clark Carrados — 1983 texto

© García — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-1 52, Km 21,650)

Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

LA música era muy viva, aunque no alegre. A Rick Valley le pareció la expresión en el pentagrama de la cólera de algún pequeño dios desconocido, pero, aunque no era entendido, creyó apreciar buenas cualidades en el violinista callejero que tocaba su instrumento cerca de una esquina barrida por el viento y la lluvia, con el sombrero a sus pies.

Un chucho de color indefinible estaba sentado junto al músico y aguardaba pacientemente a que éste acabase su tarea, para refugiarse en algún lugar quizá no demasiado cálido y abrigado, aunque sí más confortable que la acera de una calle, por donde la gente transitaba con grandes prisas y sin hacer el menor caso del violinista.

Rick Valley no tenía prisa en aquellos momentos y, bien envuelto en su impermeable y con el sombrero calado hasta las cejas, se detuvo unos momentos a escuchar la melodía. El perro le dirigió una mirada melancólica y Rick sintió vivos deseos de acariciarle la cabeza, pero no se atrevió para no interrumpir al músico, cuya edad, apreció, rebasada ampliamente los setenta años.

Las ropas del anciano se hallaban en muy mal estado. Valley se dio cuenta en el acto de su total indigencia. Se preguntó dónde podía vivir aquel hombre en el que parecía haberse cebado el más amargo de los infortunios.

El violinista envolvía su cuerpo en un raído abrigo, de uno de cuyos bolsillos sobresalía un rollo de papel. Valley apreció que se trataba de papel pautado, seguramente, con alguna composición musical.

Luego echó un vistazo al viejo sombrero, en el que sólo apreció unas pocas monedas, que no sumaban ni tres dólares. Vivamente compadecido del hombre, sacó un billete de veinte dólares y lo puso en la copa del sombrero.

El violinista dejó de tocar en el acto.

—Muchas gracias, caballero —dijo—. Es usted muy generoso. Este dinero me permitirá dormir esta noche bajo techado. «Kim», saluda al caballero.

El perro se sentó sobre los cuartos traseros, levantó las patas delanteras y emitió un corto ladrido. Valley sonrió encantado.

—Es un perro estupendo —manifestó—. Oiga, ha dicho antes que

no tenía dónde dormir...

—Sí, pero he solucionado ese problema, gracias a usted. La patrona me puso hoy de patitas en la calle, porque no podía pagarle el alquiler del cuarto que ocupaba. El problema será encontrar un sitio donde poder alojar a «Kim»; aquella mujer, en cierto modo, no era mala del todo, porque me permitía tener al perro conmigo.

De repente, Valley se sintió acometido por un impulso irresistible.

—Venga conmigo —dijo—. En mi casa podrá alojarse sin que nadie le diga nada y, desde luego, podrá tener a «Kim» a su lado.

—Pero, señor... —exclamó el músico, asombrado.

—No tolero una negativa —sonrió Valley—. La casa es grande y vivo solo en ella. Bueno, con un ama de llaves, la señora Port, pero no se quejará de que le lleve un huésped inesperado. Lo hago algunas veces, ¿sabe?

—Sí, señor... —El violinista miró a aquel hombre joven y apuesto que parecía tan caritativo y se vio a sí mismo cuarenta años antes, en la flor de la edad y con ganas de comerse al mundo entero. Apretó los dientes, para no echarse a llorar y, haciendo un esfuerzo, consiguió decir—: Me llamo Endicott. Ralph Endicott, señor...

—Valley, Rick Valley —se presentó el joven—. Su nombre me suena, señor Endicott, aunque ahora no consigo recordar... Bueno, es lo mismo, guarde el instrumento y venga conmigo, tengo el coche a poca distancia, ¿sabe?

De repente, se acercaron tres personas.

Eran unos chicos jóvenes, con cazadoras de cuero negro. Dos de ellos llevaban largas melenas. El tercero tenía la cabeza afeitada, excepto un mechón de pelo en la nuca, que le daba un vago aire de indio piel roja.

—Hombre —exclamó uno de ellos—, mirad lo que veo. ¿O estoy soñando, chicos?

—Un billete de veinte «pavos» —dijo el del mechón de pelo.

—Ya tenemos para comprarnos unos cuantos «petardos» de «hierba» —añadió el último miembro del trío.

Los tres jóvenes no se habían dado cuenta de la presencia de Valley junto al violinista. El del mechón de pelo se inclinó para apoderarse del billete que seguía aún en el sombrero.

Entonces, Valley agarró aquel mechón de pelo y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas.

—Deja ese dinero, mocito; no es tuyo —dijo con severidad.

Dio otro tirón y lanzó al desaprensivo a varios pasos de distancia. De pronto, se oyó un chasquido.

Valley volvió la cabeza. Uno de los chicos había sacado su navaja de resorte y se disponía a atacarle.

—Voy a rajarte la cara, estúpido maniquí —amenazó.

El pie derecho de Valley se disparó con potencia indescriptible. Los huesos de una muñeca chasquearon, mientras su dueño lanzaba un aullido de dolor y se tambaleaba aparatosamente.

El tercer componente de la pequeña banda vio las cosas mal dadas y escapó, sin querer enfrentarse con aquel hombre que había derrotado a sus amigos con toda facilidad. El del mechón de pelo se levantó, farfullando maldiciones, y luego, agarrando al otro por un brazo, se lo llevó de aquel lugar.

Valley se volvió sonriendo hacia el anciano.

El violinista le miró asombrado.

—Parecía usted... un tornado... A mí me habían asustado muchísimo esos desalmados...

—¡Bah!, pura fachada —dijo Valley desdeñosamente—. Se atrevieron con usted, porque eran tres contra un hombre de edad, nada más. Bien, el asunto no merece más comentarios. ¿Vamos, «Kim»?

El perro ladró alegremente. Momentos después, Valley, su huésped y el can se hallaban a bordo de un automóvil, en cuyo interior reinaba una confortable atmósfera.

La señora Port estaba muy acostumbrada a ciertas excentricidades del joven para el que trabajaba, pero arrugó la nariz al verlo entrar en casa, acompañado de un viejo desastrado y de un perro que tal vez no había sido bañado en su vida. Valley, observador, no tardó en darse cuenta del desagrado de su ama de llaves.

—Señora Port, en el desván hay un baúl con las ropas de mi abuelo. Saque todo lo que crea necesitará el señor Endicott, que es mi huésped por algunos días. Luego le prepara el baño y...

—Sí, señor —contestó el ama de llaves con resignación, cuando el dueño de la casa hubo terminado de darle instrucciones—. Ahora mismo lo prepararé todo, pero... ese horrible chucho nos llenará la casa de pulgas —dijo aprensivamente.

—Señora, si se fija un poco, «Kim» lleva un collar antiparásitos —manifestó Endicott—. Además, está muy bien educado y pide salir de casa cuando lo... lo necesita.

—Tenemos un buen jardín para que se desahogue —sonrió Valley —, Y ahora, amigo Endicott, ¿qué tal si nos vamos a la cocina y preparamos algo de comer para los tres?

—Muchacho, ¿cómo podría darle las gracias? —dijo Endicott conmovidamente—. Usted no me conoce siquiera y, sin embargo, me ha traído a su casa y quiere darme hospedaje.

—Bueno, bueno, será mejor que no hablemos más del asunto. Ahora lo que importa es llenar la tripa, ¿no te parece, «Kim»?

El can «respondió» afirmativamente, como si presintiera la ración de huesos que le aguardaba. Meneó la cola y ladró con fuerza.

* * *

Dormía profundamente, cuando, de pronto, sintió que le tocaban en un hombro. Se agitó entre sueños, rezongó algo y trató de continuar durmiendo, pero los golpes se repitieron, ahora acompañados de una llamada que parecía encerrar cierta urgencia:

—Señor... Despierte, señor... Por favor...

Valley abrió un ojo y vio que la luz estaba encendida y al ama de llaves en bata, junto a su cama.

—Ann, éstas no son horas de despertar a un cristiano —se quejó.

—Perdón, señor... Se trata de su huésped...

—¿Quiere marcharse? ¿Tan mal le hemos tratado?

—No, señor... Es que... Se encuentra muy mal... Me parece que convendría llamar a un médico...

Valley se despabiló completamente y se sentó de golpe en la cama. Luego apartó las ropas a un lado, metió los pies en las zapatillas y se puso el batín.

—Bien, vamos allí —exclamó.

Caminó a largas zancadas y se adelantó al ama de llaves. Endicott estaba en el mismo piso, dos habitaciones más allá, y entró rápidamente.

El anciano se encontraba en muy malas condiciones, apreció de inmediato. Tenía el rostro azulado, respiraba con dificultad y sus ojos giraban espasmódicamente en las órbitas.

«Kim» estaba a los pies de la cama, gimiendo sordamente. Valley se acercó al lecho y tomó una muñeca de Endicott. En el acto se sintió vivamente alarmado.

—Ann, llame a un médico inmediatamente y a una ambulancia... Llame al doctor Beachton, es el médico de la familia... Dígale que es muy urgente... Este pobre hombre está sufriendo un ataque cardíaco...

El ama de llaves echó a correr.

—Sí, señor, ahora mismo, aunque no sé qué dirá el doctor Beachton cuando le despierten a estas horas.

Valley consultó su reloj. Creía haber dormido toda la noche y, en realidad, eran poco más de la una de la madrugada. Se sintió muy aprensivo, porque el pulso del anciano aparecía terriblemente alterado, con oscilaciones que iban desde una parada casi absoluta hasta un enorme número de latidos en pocos segundos.

De pronto, Endicott fijó la vista y le dirigió una mirada aprensiva.

—Muchacho... esto se acaba... Mi corazón falla...

«Kim» lanzó un aullido de pena. A Valley le pareció que el perro presentía la muerte de su amo.

—Vamos, vamos, no se lo tome así —dijo, tratando de dar ánimos a su huésped—. Es sólo una ligera alteración del ritmo cardíaco. Ya hemos avisado al médico de la familia y vendrá dentro de unos minutos. Se pondrá bien, ya lo verá.

—No... no, estoy acabando... —jadeó el anciano—. Sabía que este momento no podría tardar en llegar... Escuche... una fortuna. Es un... tesoro...

«Desvaría», pensó Valley en el acto. Endicott estaba en las últimas y su mente ya no regía, se dijo.

—La clave... No quiero que ellos... la clave está en... la sonata... La llevaba... en el bolsillo del abrigo.

Endicott calló repentinamente.

«Ya se ha muerto», suspiró el joven. Pero Endicott respiraba todavía y se dijo que se trataba solamente de una pérdida de conocimiento, aunque muy probablemente era el desvanecimiento que preludiaba el fin.

Se preguntó qué había querido decirle con aquellas palabras que mencionaban un tesoro y una clave, pero Endicott no pudo darle más aclaraciones. Valley continuó tomándole el pulso, que se debilitaba por momentos.

Intentó hacerle un masaje al corazón, pero todo resultó inútil. El doctor Beachton llegó poco después, justo en el instante en que «Kim» emitía un prolongado lamento.

—Lo siento, muchacho —dijo el galeno, quien conocía a Valley sobradamente por haberlo ayudado a llegar al mundo, treinta años antes—. Ya no se puede hacer nada por este desdichado.

Valley fijó la vista en el rostro del anciano, en el que se reflejaba una paz infinita. «Ahora descansa», se dijo.

—¿Sabes si tenía familiares? —preguntó Beachton—. Convendría avisarles...

—Registraré sus ropajes. Lo conocí anoche y no me habló para nada de su familia —contestó el joven.

—Bien, ocúpate de eso, muchacho. Yo extenderé el certificado de defunción. Ann, en lugar de la ambulancia, avise a la funeraria —indicó el médico.

La señora Port se mantuvo inmóvil, con la vista fija en Valley. Este hizo un gesto de asentimiento.

—Ann, haga lo que le indica el doctor Beachton; yo me ocuparé de los gastos del entierro.

—Sí, señor, al momento.

Valley cubrió con una sábana el rostro de Endicott. «Kim» gemía suavemente junto a la cama y el joven le acarició la cabeza.

—Bueno, perrito, te has quedado sin el amo, pero has encontrado un nuevo hogar —dijo.

Capítulo II

UN par de días más tarde, Endicott había recibido ya digna sepultura, Valley divisó a dos sujetos que parecían merodear en torno a la casa. Pensó que podía tratarse de unos ladrones que estudiaban el terreno para dar un golpe y subió a su estudio, que ocupaba todo un ángulo del edificio y que estaba casi completamente acristalado y, sacando una escopeta de caza, empezó a limpiarla ostentosamente.

Los sospechosos se marcharon a los pocos momentos, evidentemente impresionados por la actitud del dueño de la casa quien, sin pronunciar una sola palabra, había anunciado sus propósitos de repeler a tiro limpio cualquier intento de asalto. Además, «Kim» les ladró desde el jardín y aunque no se le podía considerar precisamente como un poderoso enemigo, sí ladraba con fuerza y ello parecía constituir un eficaz sistema de alarma.

Los merodeadores ya no volvieron. Tres días más tarde, Ann anunció al joven que tenía una visita.

—¿Quién es? —preguntó Valley.

—Una mujer. Joven, es todo lo que puedo decirle. Ah, su nombre es Peggy Oppelt.

—No la conozco, pero hágala pasar a la biblioteca, Ann.

—Bien, señor.

El joven estaba muy ocupado en aquellos momentos y tardó un poco en descender a la planta baja. Cuando abrió la puerta de la biblioteca, vio a la visitante parada ante un cuadro situado sobre la repisa de la gran chimenea que era uno de los principales elementos de adorno.

Ella no se dio cuenta de que el dueño de la casa había llegado ya y continuó en su contemplación. Valley sonrió:

—¿Le gusta, señora?

La joven se volvió en el acto. Era una muchacha de poco más de veinte años, alta, de largos cabellos negros y ojos del mismo color. Vestía con sencillez y había en su rostro una expresión de energía, que Valley no pudo por menos de captar en el acto.

—Soy Rick Valley, señora —se presentó—. ¿Quiere tomar asiento? Llamaré a mi sirvienta para que nos traiga un poco de café...

—No, gracias —contestó ella cortésmente—. En realidad, voy a

estar aquí muy poco rato. Su criada ya le ha dicho mi nombre.

—Mi ama de llaves —puntualizó el joven, sonriendo—. ¿En qué puedo servirla, señora Oppelt?

—Soy soltera, señor Valley. Tengo entendido que hace una semana, más o menos, usted hospedó en su casa a un músico callejero.

—Así es, Ralph Endicott era el nombre del infeliz. Murió aquella misma noche, de un ataque cardíaco. Si desea verlo, tengo el certificado de defunción, expedido por el médico de la familia. Nos cuida desde hace más de treinta años, señorita Oppelt.

—No se me ha ocurrido dudar de su palabra un solo instante. Sin embargo, desearía me permitiese preguntarle qué hizo usted de los efectos personales del señor Endicott.

—¿Puedo yo, a mi vez, preguntarle qué interés tiene en el asunto?

—Se lo diré claramente. Era mi abuelo.

Valley enarcó las cejas.

—Su... abuelo —repitió.

—Padre de mi madre. Por eso yo llevo otro apellido.

—Ah, entiendo. Bien, aunque no dude de su palabra, me gustaría comprobar personalmente ese parentesco.

—Por supuesto —accedió Peggy.

Abrió su bolso y extrajo unos documentos que puso en manos del joven. Valley vio un certificado de matrimonio de los padres de Peggy y el de nacimiento de ella.

—Además, tengo amistades en Eastborough, que es el distrito donde nací, y que podrán corroborar mi personalidad, si esos documentos no le convencen a usted lo suficiente —dijo la muchacha.

Valley devolvió los certificados a su dueña.

—Admito que es usted la nieta de Endicott. En cuanto a sus efectos personales, yo sólo puedo darle el violín, con su estuche. No creo que su perro se fuese con usted; se ha encariñado conmigo y...

—¿Qué hay de sus demás pertenencias?

—Aguarde un momento, por favor.

Valley se acercó a una pared y tiró de un cordón. Ann se hizo visible a los pocos momentos.

—¿Señor?

—Ann, la señorita Oppelt quiere saber qué se hizo de las cosas del difunto señor Endicott. No me refiero al violín, sino a... En fin, lo que traía encima cuando vino a esta casa.

Ann arrugó la nariz de inmediato.

—Usted me dijo que le diera ropas de su abuelo, lo que hice así. Las ropas del señor Endicott fueron a parar al incinerador. Estaban... imposibles.

—Ya. Muchas gracias, Ann —Valley se volvió hacia la muchacha—. Ya lo ha oído usted, señorita.

Peggy hizo un gesto de contrariedad.

—Supongo que no pudo evitarlo —dijo—. Bien, en tal caso, me llevaré el estuche con el violín. Puede quedarse con el perro, señor Valley.

—Muchas gracias —contestó el joven irónicamente—. Ann, ya ha oído usted.

—Sí, señor.

Los ojos de Peggy fueron de nuevo hacia el retrato que había sobre la chimenea y que representaba a una hermosa dama, ataviada con traje de fiesta, de color amarillo pálido.

—Mi madre —dijo él.

—Oh, era muy bella...

—Señorita —carraspeó Valley.

—Dígame.

—¿Cómo se enteró usted de que su abuelo había muerto en esta casa?

—Hacía tiempo que andaba buscándole. Al fin, me enteré de que había fallecido. En las oficinas del cementerio me indicaron que había sido usted el que corrió con todos los gastos y me dieron su dirección.

—Comprendo.

—Por cierto, quiero abonarle el importe de lo que gastó usted en mi abuelo...

Valley levantó una mano.

—Por favor, señorita —dijo—. Permítame... que no se lo permita —sonrió—. Lo único que siento es que no lo haya encontrado con vida.

—Muchas gracias.

Ann volvió con el estuche del violín en las manos y se lo entregó a la muchacha. Peggy lo agarró por el asa, volviéndose hacia el joven inmediatamente.

—Agradezco con sinceridad lo que hizo por mi abuelo, señor Valley.

—No tuvo ninguna importancia, aunque, si he de serle sincero, también lamento infinito su muerte.

Ella ya no dijo nada más y se encaminó hacia la puerta. Valley la encontró antipática, por su sequedad, que no la había abandonado un solo instante. «Ni una sonrisa», se quejó mentalmente.

De súbito, recordó algo.

—¡Señorita! —llamó.

Peggy se volvió.

—Perdone la curiosidad... pero su abuelo mencionó algo... sobre una fortuna...

—Mi abuelo, por desgracia, era más pobre que las ratas —contestó ella heladamente—. He tenido mucho gusto, señor Valley. Adiós.

«Kim» ladró con furia poco después y el joven sonrió.

—No le ha caído usted simpática, señorita Oppelt —dijo a media voz.

En realidad, pensó, si no cambiaba de actitud. Peggy no resultaría simpática para nadie.

* * *

La entrevista le había puesto un poco nervioso y decidió tranquilizarse, saliendo al amplio jardín de la residencia. Había mejorado el tiempo y se sentó en un diván que colgaba de una rama. El perro saltó y se situó a su lado. Valley movió las piernas y el diván empezó a balancearse lentamente.

Al cabo de unos minutos, se sintió mejor. No hacía más que pensar en las últimas palabras del anciano. Una fortuna, un tesoro...

Trató de repetir con la mayor exactitud posible las últimas palabras de Endicott.

«La clave... No quiero que ellos... La clave está en la sonata. La llevaba en el bolsillo del abrigo...»

Repentinamente, se puso en pie y lanzó un chillido de alarma. El perro, asustado, empezó a ladrar.

Valley corrió hacia la casa, seguido de «Kim». A grito pelado, llamó al ama de llaves, quien acudió alarmada a los pocos instantes.

—¿Sucedé algo, señor? ¿Qué está pasando?

Valley la agarró por un brazo, muy excitado.

—Ann, usted dijo que quemó todas las ropas del señor Endicott.

—Y así fue, señor; no eran ropas para dar siquiera a un pobre... aunque por lo que pude ver, el señor Endicott era muy pobre... Supongo que no hice mal, señor.

—Yo no le reprocho que incinerase unas ropas muy viejas, si sacó antes lo que había en ellas. ¿O las quemó con todo lo que contenían?

—Lo único que encontré fue un rollo de papeles de música.

—¿Dónde están? Ann, no me diga que los tiró a la basura o me dará algo —exclamó el joven vivamente.

—Aguarde un momento, señor. Sé que los dejé en alguna parte, aunque ahora no recuerdo... ¿Es algo importante?

—Mucho, Ann, no se puede dar una idea —contestó él.

El ama de llaves se marchó. Valley quedó solo en la biblioteca,

acariciando nerviosamente al perro. Al fin, tras un espacio de tiempo que le pareció interminable, surgió Ann nuevamente con un rollo de papel en las manos.

—Aquí tiene, señor. No había nada más en las ropas, salvo algo de dinero, que le entregué a él mismo después de darle ropas limpias, como usted me había ordenado.

—Muy bien, Ann, muchas gracias. ¿Quiere traerme un poco de café, por favor?

—Al momento, señor.

En aquel instante, sonó el timbre de la puerta. Valley hizo un ademán.

—Vaya a ver quién es el importuno —indicó.

* * *

Minutos después, Ann volvió con una bandeja en la mano, sobre la que se veía una tarjeta de visita. Valley leyó la inscripción de la tarjeta y supo el nombre, la dirección y el número de teléfono de su visitante. Este se llamaba Dean Roytter y el joven se dijo que era la primera vez que tenía noticia de la existencia de tal sujeto.

—No le ha dicho para qué quiere verme, Ann.

—No, señor. Insiste en hablar personalmente con usted.

—Perfectamente. Hágalo pasar. Ah, y traiga café.

—Bien, señor.

Roytter llegó instantes más tarde. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, de aspecto distinguido y vestido con sobria elegancia. Había un detalle que no gustó a Valley: sus ojos, pequeños y demasiado juntos. Aquello le confería una expresión de astucia y doblez que no le hacía precisamente simpático.

—Señor Roytter, tenga la bondad de sentarse —dijo cortésmente.

—Muchas gracias. Permítame, en primer lugar, pedirle disculpas por molestarle, pero me he visto en la ineludible obligación de acudir aquí, para cierto asunto que, en mi opinión, no admite demora.

Valley sonrió.

—Tendrá que explicarse un poco mejor —dijo—, Francamente, usted y yo no nos conocemos de nada y no tenemos asuntos en común que requieran una solución con urgencia.

—Quizá sí —dijo Roytter—. Sobre todo, si se piensa que Ralph Endicott murió en su casa.

El joven se envaró en su sillón.

—¿Por qué le interesa a usted la muerte de un pobre músico callejero?

—Se ve que no conocía a Endicott. Estaba destinado a ser uno de

los mejores compositores modernos del país y había escrito obras insuperables. Pero un día, sin que se hayan conocido aún los motivos, abandonó todo y desapareció totalmente durante muchos años. Prácticamente, ha permanecido ignorado de todo el mundo, hasta el momento de su muerte. Se ve que no lee usted los periódicos, señor Valley.

—Depende de las secciones que publican. No leo nunca las notas de defunción.

—Debería haber leído las crónicas fúnebres de los críticos musicales. De este modo, podría haberse enterado de la personalidad de Endicott.

—Francamente, nunca sospeché que fuese un compositor célebre... Ah, aquí está el café. ¿Una taza, señor Roytter? Ann, yo serviré al caballero.

—Sí, señor.

El ama de llaves se retiró nuevamente. Durante unos momentos, sólo hubo silencio en la estancia. Luego, Roytter fijó la vista en el joven.

—Señor Valley, ¿habló con Endicott momentos antes de su muerte?

Los ojos de Valley escrutaron penetrantemente el rostro de su interlocutor.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Hubo un tiempo en que fui editor de las obras de Endicott. Me interesa saber si dijo algo antes de morir.

—No, no dijo nada. Al menos, de importancia.

—Juraría que está usted mintiendo —dijo Roytter tranquilamente.

—Supongamos que miento. ¿Qué podría ocultar yo, en tal caso? Roytter adelantó el torso.

—Endicott dejó escondido un tesoro en alguna parte. Me debía mucho dinero; le hice anticipos que nunca me devolvió y quiero recuperar ese dinero.

—Ah, un tesoro... Un cofre repleto de joyas y monedas de oro —dijo Valley irónico.

—Quizá valga más todavía.

—Pues no, no me dijo nada. Ignoro todo absolutamente acerca de ese tesoro, suponiendo que exista. ¿Algo más, señor Roytter?

El visitante se puso en pie.

—Iba a proponerle que lo compartiésemos —dijo.

—Lo siento. Me es imposible complacerle.

La mirada de Roytter se tornó repentinamente hostil.

—Endicott dejó algo muy valioso y yo lo tendré, cueste lo que

cueste —se despidió.

Valley se quedó sumamente preocupado. Roytter le había amenazado con toda claridad. Y si era cierto que Endicott había escondido un tesoro en alguna parte, no estaba dispuesto a entregárselo al primer recién llegado.

—Aparte de que su paradero está en una clave y yo no sé cómo descifrarla —se dijo.

Pero la clave figuraba en un papel pautado y se dispuso a examinarlo inmediatamente.

Capítulo III

DURANTE cuarenta y ocho horas, y prácticamente sin el menor descanso, se entregó al estudio de las notas del pentagrama. Al cabo de ese tiempo, decidió que no había conseguido adelantar un solo paso y pensó que lo mejor sería tratar de entenderse con la nieta del difunto.

A fin de cuentas, si alguien tenía derecho a una fortuna, era Peggy, aunque la muchacha no le resultase precisamente simpática, por su carácter seco y adusto. Pero si tenía que obrar con un mínimo de equidad, debía hacer caso omiso de las características personales.

Sin embargo, y como precaución, hizo fotocopias de cada hoja de papel pautado. Guardó el original en sitio seguro y sacó el coche del garaje.

—No sé cuándo volveré, Ann —dijo al marcharse—. En todo caso, no me espere levantada. Deje algo de cena fría, eso es todo.

—Sí, señor.

Media hora más tarde, Valley detenía el coche frente a una casita de una sola planta, rodeada por un pequeño jardín. Había otro coche parado junto a la acera, pero no reparó en el detalle.

Cruzó el jardín y llamó a la puerta. Alguien abrió una rendija y le miró recelosamente.

—¿Qué quiere usted, amigo?

—Deseo hablar con la señorita Oppelt —manifestó el joven.

—No está...

—¡Si está, pedazo de mulo! —gritó alguien en el interior—. Déjalo pasar, estúpido.

Valley respingó al oír aquellas frases. La puerta se abrió y una pistola se apoyó inmediatamente en su estómago.

—No haga ningún gesto sospechoso o disparo —amenazó el sujeto.

Valley, asombrado, aunque no asustado, cruzó el umbral. Entonces vio a Peggy, sentada en un sillón, al cual había sido amarrada con los cordones de unas cortinas.

Un hombre, también armado, salió de inmediato de una de las habitaciones interiores.

—¿Quién es usted? ¿Qué demonios quiere?

Valley reflexionó con rapidez. Era evidente que aquellos sujetos

buscaban algo muy importante. Quizá actuaban para Roytter, se dijo.

Pero era preciso hacer algo para liberar a la muchacha, la cual, aunque tenía la boca libre, no había pronunciado aún una sola palabra. Tratando de sonreír, dijo:

—Soy el doctor Ewers y he venido a visitar a mi paciente. Perdonen un momento, pero... ¿han tocado ustedes a la señorita?

—Claro, la hemos amarrado...

Valley meneó la cabeza pesarosamente.

—Temo que voy a tener que llamar una ambulancia. La señorita Oppelt padece *Amphiolitis stapodicta*.

Los dos hombres se quedaron con la boca abierta.

—¿Y eso qué es? —preguntó, el que parecía llevar la voz cantante.

—Una enfermedad, terriblemente contagiosa, y de la que hay muy pocas posibilidades de salir con vida, si no se aplica un tratamiento a tiempo. Y aunque el paciente elimine el riesgo de morir, la posibilidad de contagio dura todavía mucho tiempo.

—¡Rayos! ¡Oye, tú, Bory, esto no nos lo habían dicho...!

—Calla, imbécil. Este tipo no es médico ni nada que se le parezca. ¿No ves que ni siquiera lleva maletín?

—lo he dejado en el coche. Simplemente, pasaba por aquí y se me ocurrió visitar a la señorita... Perdonen, pero tengo que avisar inmediatamente a la Sanidad...

El pistolero le cerró el paso.

—No toque ese teléfono. Yo no creo en esa fábula, ¿me entiende?

Valley, impasible, se le acercó más todavía.

—Se llama usted Bory...

—Bory Vidal, sí. ¿Qué pasa? —contestó el sujeto malhumoradamente.

—Tiene usted ya los primeros síntomas de la *amphiolitis*, amigo. Si no lo llevan pronto al hospital, puede morir en veinticuatro horas.

—¡Bory, vamos a que nos curen! —chilló el otro.

—¡Quieto, Grunder! —ordenó Vidal—. ¿Es que vas a creerte semejante fábula?

—¿Fábula? —repitió Valley, imperturbable—. Mírese las manos. Ya las tiene llenas de manchas, apenas perceptibles a simple vista, pero fáciles de ver por un experto como yo.

Vidal bajó la vista. Entonces, Valley, con la mano izquierda, desvió la pistola. Luego disparó el puño derecho y el hampón cayó como un saco.

Acto seguido, se volvió hacia el otro.

—¡Rápido! ¡Vayan al hospital más cercano! Pregunten por el

doctor Spassivo; es una autoridad mundial en *amphiolitis*. Ah, dejen aquí las armas; no vayan a cometer la imprudencia de aparecer allí con unas pistolas. ¡Vamos, aprisa, aprisa!

Aturdido, y también muy asustado, el pistolero dejó el arma a un lado y cargó con su compinche. Segundos más tarde, corría desalado en busca de su coche.

Entonces, Valley miró a la muchacha y le guiñó un ojo alegremente.

—No se puede decir que no tenga ingenio, ¿verdad?

—Les ha metido el miedo en el cuerpo con esa enfermedad inexistente —respondió ella—. Gracias por su intervención tan oportuna. Y ahora, si quiere soltarme...

—Un momento, por favor.

Valley se acercó a la ventana y separó los visillos. Vidal era depositado en aquel momento en el asiento delantero derecho. Luego Grunder corrió al puesto del conductor y se sentó tras el volante.

En el mismo instante, llegó un coche que frenó con brusquedad. Un hombre lanzó algo a través de la ventanilla del otro automóvil. Luego arrancó brutalmente.

Un segundo más tarde, se produjo una tremenda explosión.

Valley se apartó instintivamente de la ventana, evitando así ser dañado por algunos de los cristales que volaron como consecuencia de la onda explosiva. El coche en que viajaban los dos hampones empezó a arder a los pocos momentos.

—¿Qué ha pasado? —gritó Peggy.

—Alguien ha bombardeado a sus visitantes —contestó él—. Perdone, pero voy a retirar mi coche. Vuelvo enseguida.

* * *

La policía y los bomberos se habían marchado ya. Una grúa cargó con los restos del coche, del que habían sido extraídos dos cuerpos irreconocibles.

Peggy se sentía todavía muy afectada. Valley había calentado café y tuvo que darle otra taza, en la que puso unas gotas de coñac. La muchacha empezó, al fin, a dar señales de recuperación.

—Nunca me había visto en una situación semejante —manifestó.

—A mí me sucede lo mismo. Y creo que la culpa de todo la tiene su abuelo, que en paz descanse.

—Sí, es cierto. Bueno, no se le puede culpar claramente... aunque sí hay una relación entre el ataque que he sufrido y la fortuna que dejó en alguna parte.

—¿Está segura de que existe esa fortuna? O tesoro, como quiera

llamarlo.

Peggy hizo un gesto de aquiescencia.

—Lo estoy —respondió—. Pero el abuelo fue siempre un tipo excéntrico y nunca dijo nada acerca del lugar donde había escondido esa fortuna.

—A mí sí me lo dijo, Peggy.

Ella le miró asombrada.

—¿De veras? Bueno, no me extraña nada de él... Era capaz de confiarse con un desconocido, mientras que a la familia no quería ni verla...

—Algún motivo tendría —dijo él—. De todas formas, esa fortuna le pertenece a usted.

Sacó del bolsillo unos papeles y los puso encima de una mesa.

—Antes de morir, su abuelo dijo que la clave estaba en la sonata que llevaba en el bolsillo del abrigo. Por fortuna, mi ama de llaves no quemó la partitura. Aquí la tiene usted.

—¿Eso dijo? —exclamó Peggy, todavía no repuesta de su asombro.

—En efecto. Bien, he pensado que esa partitura, con la clave, sea cual sea, es suya y por eso vine a traérsela.

—Sin embargo, no mencionó nada el día que fui a verle a su casa.

—En aquellos momentos, yo no me acordaba del detalle. Pero luego vino a visitarme un tipo, quien dijo haber sido editor de su abuelo y tener interés en recuperar ciertos préstamos que le hizo años atrás. Quiso saber también si el señor Endicott había dicho algo antes de morir y entonces fue cuando yo recordé sus últimas palabras.

—Comprendo. ¿Se lo dijo a ese individuo?

—No, lo negué por completo, aunque él no me creyó y hasta llegó a amenazarme. Por lo que se ve, esos pobres diablos que vinieron a registrar su casa, tenían también interés en el tesoro de su abuelo.

—No fueron muy explícitos, aunque sí mencionaron algo sobre el particular —respondió Peggy.

—¿Pronunciaron el nombre de Roytter?

—No, no mencionaron nombre alguno. ¿Quién es Roytter?

—El tipo que vino a visitarme y que, seguramente, buscaba la partitura. Bueno, Peggy, yo no entiendo una palabra de música y sólo conozco las siete notas básicas de la escala. Pero no sé leer absolutamente una partitura.

—Yo, sí —respondió ella—. Toco el piano, aunque no como profesional.

—Muy bien. En tal caso, la partitura es suya. Quizá usted pueda desentrañar la clave. Se lo deseo de todo corazón.

Valley se encaminó hacia la puerta. De pronto, Peggy corrió hacia

él.

—Señor Valley, quiero que disculpe mi actitud del pasado día —manifestó—. Sé que me porté desconsideradamente, pero estaba un poco nerviosa. El abuelo tenía la virtud de enfadarme y yo estaba aún irritada por nuestra última entrevista.

—Ah, se vieron antes de que yo me lo encontrase, tocando el violín en una esquina...

—Sí —admitió Peggy—. En algunas cosas, era un hombre realmente insoportable. Yo no pude resistir sus reproches y lo... bueno, lo envié al diablo.

—Al menos, podía haberle dado algún dinero para que pagase su pensión y evitar que lo echaran a la calle.

—Le di dinero y me tiró los billetes a la cara.

—Vaya, no me imaginaba al buen Endicott con un genio tan endiablado. De todas formas, no se preocupe; por mí está disculpada, señorita.

—Gracias. Además él... tenía también unas amistades... Usted no se puede imaginar siquiera con qué personas se relacionaba...

—No serían aristócratas, supongo —sonrió Valley.

—Hubo un tiempo en que tocaba y componía para reyes, príncipes y estadistas de todas partes del mundo. Pero todo lo abandonó... Ya ve —dijo ella, sonriendo tristemente—. De alternar con reyes a relacionarse con ladrones, mendigos y prostitutas... Nunca lo comprendí, créame.

—Quizá alguna de esas personas sí supo comprenderle, Peggy —dijo él suavemente.

—Sólo había una persona, una mujer, Sylvia Fulham, creo que se llamaba. Se hicieron muy amigos, pero luego no sé qué pasó y dejaron de relacionarse.

—¿Ha dicho Sylvia Fulham?

—Sí. ¿Por qué? ¿La conoce usted?

—El nombre me suena —contestó Valley evasivamente—. Bien, aunque no sea más que por curiosidad, me gustaría saber si un día ha conseguido descifrar la clave. Y, de todo corazón, deseo que encuentre el tesoro del abuelo.

—Gracias, señor Valley.

—Llámemme Rick —se despidió él con una sonrisa.

Más tarde, mientras regresaba en el coche, se preguntó una vez más dónde había oído el nombre de Sylvia Fulham.

Lo recordó cuando llegaba a su casa y entonces, sin pensárselo dos veces, viró en redondo y se encaminó al lugar donde sabía podía encontrar a la mujer que había sido muy amiga de Ralph Endicott.

Capítulo IV

ESTABA allí, en un enorme cartel, iluminado por un par de potentes focos que salían de la pared. El retrato, en color, era de tamaño natural y Sylvia Fulham aparecía ataviada con poca ropa y muchas plumas.

Era la atracción principal de la obra que se representaba en aquel teatro. Valley se preguntó qué relación podía haber existido entre la hermosa artista, que parecía tener su misma edad, y el anciano excéntrico que había sido un día músico de renombre.

Era cosa de averiguarlo y sacó una entrada. La obra era más bien deleznable y sólo la salvaban el arte y la simpatía de la estrella. Con otra artista, la obra habría naufragado irremisiblemente.

Cuando faltaba poco para terminar, se levantó de la butaca y buscó la entrada de artistas.

Un hostil cancerbero se tornó repentinamente amable cuando el joven puso en sus manos un par de billetes de cinco dólares. Luego, Valley se encaminó al camerino de la artista.

Sylvia llegó momentos después, sudorosa y jadeante. Sin darse cuenta de que tenía un visitante, empezó a despojarse del espectacular atuendo que había utilizado en el último cuadro de la función.

Las plumas cayeron a un lado. Luego ella se quitó un enorme tocado de flores artificiales y abalorios y lo tiró también. Después, se ahuecó un poco el pelo y acabó situándose ante un espejo, para quitarse el artilugio con dos cuencos de metal que cubrían sus senos.

Entonces fue cuando vio al joven, a través del espejo, sentado tranquilamente en una butaca.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha dado permiso para entrar? —exclamó irritada.

—No se altere, señorita Fulham. Mi nombre es Rick Valley y deseo hablar con usted.

—Hermano, si ha venido aquí pensando en una conquista fácil, está equivocado. Lárguese o haré que lo echen a patadas los empleados del teatro. Tienen mucha experiencia para casos como el suyo, ¿sabe?

—Muy bien, me iré, puesto que así lo desea y ya que no deseo protagonizar ningún escándalo. Le dejaré una tarjeta más y usted me concederá una cita cuando le parezca bien.

—No se moleste; romperé la tarjeta inmediatamente.

—Es una lástima —suspiró el joven—. ¡Y yo que pensaba que usted accedería a hablarme del pobre Ralph Endicott!

Sylvia oyó aquel nombre y se volvió como un relámpago.

—¿Ha dicho Endicott...? —exclamó.

—Justamente, señorita Fulham —sonrió Valley.

—¿Por qué ha mencionado ese nombre?

—Simplemente, deseo conocer los detalles de sus relaciones con él. Sé que fueron muy amigos...

Una burlona sonrisa apareció en los labios de la artista.

—Temo que se equivoca. El viejo Endicott y yo fuimos todo lo contrario de lo que comúnmente se conoce como amigos. Enemigos, en todo caso, aunque en los últimos tiempos me era completamente indiferente.

Valley se desconcertó.

—Pero yo tenía entendido que... Me han asegurado que usted y Endicott fueron muy amigos.

—Temo que su informador se ha equivocado. O quizá es usted el que está en un error. En todo caso, debieron decirle que se trataba de mi madre. También se llamaba Sylvia, como yo Naturalmente, mi apellido es muy distinto. Sylvia

Jones no resulta atractivo para una estrella cabecera de cartel. Por eso adopté el apellido de mi madre.

—Sorprendente —murmuró el joven—. Nunca me lo habría imaginado... Al menos, espero, me dará la dirección de su madre.

—Está en el mismo sitio que Endicott.

—Oh, lo siento de veras, señorita Fulham. Créame, lamento haberla molestado y no era ésa mi intención de ningún modo. Encantado de haberla conocido.

—¡Espere! —dijo Sylvia, a la vez que le dirigía una mirada penetrante—. ¿Tiene usted mucha prisa?

—No, en absoluto.

—Me siento intrigada por saber que Hay alguien a quien le interesan las relaciones de mi madre con aquel viejo chiflado. ¿Por qué no tomamos una copa en mi apartamento? Está sólo a dos manzanas del teatro.

—No querría molestarla...

—Hago esa clase de invitaciones muy escasamente. La última vez, hace ya más de dos años.

—Se lo agradezco de corazón, señorita Fulham.

Sylvia pasó detrás de un biombo y empezó a cambiarse de ropa.

—Detesto los tratamientos —manifestó—. Tú has dicho que te

llamas...

—Rick, Sylvia.

—Me gusta tu nombre, Rick.

* * *

—Yo no sé si Endicott tenía poderes sobrenaturales o mi madre era demasiado débil y fácilmente influenciable. El caso es que el viejo la sorbió el seso y ella hacía lo que él le mandaba.

Sylvia hablaba, mientras vertía licor en sendas copas. Luego se sentó frente a su invitado y cruzó las piernas.

—En más de una ocasión le dije que abandonara a aquel chiflado. Ella se negó siempre, hasta que el viejo la plantó y se olvidó por completo de su amiga.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, no voy a decir que mi madre no lo hace hasta conocer a Endicott. Ya le daba a la botella mucho antes, pero cuando se separaron, ese vicio se agudizó. Un día se le paró el corazón...

—Lamentable. Sylvia. ¿Lo supo Endicott?

—No se lo quise decir siquiera. Yo lo detestaba y. Dios me perdone, continuó detestándolo, aunque ya esté muerto. Perdona, pero no puedo decir otra cosa, Rick.

—Nunca ocultes tus sentimientos, sean cuales fueren —respondió él sentenciosamente—, Sylvia, ya te he contado que tuve en casa a Endicott durante sus últimas horas de vida.

—Sí, es cierto.

—Cuando ya se moría, habló algo sobre una fortuna escondida en alguna parte. Una especie de tesoro o algo por el estilo. ¿Sabes tú algo sobre el particular?

Sylvia pareció concentrarse unos momentos.

—Endicott —dijo al cabo— era bastante fantasioso. Sí, sé que le dijo a mí madre que tenía una fortuna en alguna parte... pero la verdad es que si yo no la hubiese ayudado a ella, los dos se habrían muerto de hambre, ésa es la pura verdad.

—Extraño —comentó Valley—. Sin embargo, parece que es cierto, a juzgar por algunas cosas que he podido ver y oír.

—¿De veras? Cuéntame, por favor.

—En primer lugar, he recibido la visita de un tipo llamado Dean Roytter...

—¡Roytter! —exclamó Sylvia con brusquedad.

—Parece que lo conoces —observó él.

—Ten cuidado con Roytter. Es un tipo de cuidado.

—¿Sí?

—Se titula empresario y editor de obras de teatro y de música, pero, en realidad, es un tipo capaz de cualquier cosa por ganar un dólar, aunque ello signifique arruinar al prójimo. Es muy elegante, buen conversador, habla bien y sabe persuadir a la gente... casi siempre. Cuando no lo consigue, utiliza otros métodos, reñidos por completo con la moral.

—Tienes buenas referencias de él —observó el joven.

—Muy malas referencias —corrigió Sylvia—. De mí te diré que quiso comprar mi contrato. Afortunadamente, tengo un empresario que no se achica y lo echó a patadas de su despacho cuando le propuso el negocio.

—Un tipo de cuidado, evidentemente. Pero él sabe que la fortuna de Endicott existe y yo me siento inclinado a creer que es cierto. Se lo oí decir cuando agonizaba y, vamos, un hombre que se está muriendo no suele mentir.

—Es probable que sea cierto, en efecto —convino ella pensativamente—. De todos modos, ¿me permites una sugerencia?

—Claro, mujer.

—Yo conozco a cierta persona, de toda confianza, que tal vez pueda decirme algo sobre el particular. Cuando haya conseguido hablar con esa persona, te llamaré para que sepas lo que he conseguido.

—Me parece estupendo —aceptó Valley—. Y si tienes que dar algún dinero...

Sylvia hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes por la cuestión económica —respondió.

—Muy bien, entonces, doblemente agradecido. Y ahora, si me permites...

Valley se puso en pie.

—¿No quieres otra copa? —invitó Sylvia.

—Gracias, pero ya tengo suficiente.

—Todavía es temprano, hombre.

Valley consultó su reloj.

—¡Caramba, pasa de la una de la madrugada! —exclamó.

Ella se echó a reír.

—Para mí, la noche empieza ahora —dijo.

—Si estás sola...

—Eso depende de ti, Rick.

—¿Quieres que me quede?

—No estás casado, creo.

—No.

—Entonces, ¿quién te impide continuar la charla conmigo? Valley

sonrió.

—Ah, pero... ¿sólo vamos a charlar?

Ella le tendió una mano y le hizo sentarse a su lado.

—Durante la noche se pueden hacer muchas cosas. Rick —dijo cálidamente.

* * *

Había salido para asistir a una conferencia y, al terminar, se dio cuenta de que necesitaba papel para escribir y cintas para su máquina. Entró en unos grandes almacenes, compró todo lo necesario y se dispuso a emprender el regreso a su casa.

Dos hombres le cerraron el paso, cuando, cargado con el paquete, se acercaba a su coche.

—¿Valley? —preguntó uno de ellos.

—Sí, yo mismo.

—El señor Sippher quiere hablar con usted, señor Valley —manifestó el sujeto, a quien el joven juzgó de inmediato como un guardaespaldas profesional.

«O quizá algo peor», pensó.

Parado en las inmediaciones se veía un enorme coche negro, en cuyo asiento posterior había un hombre que fumaba un largo cigarro. Valley dijo:

—No tengo el gusto de conocer al señor Sippher.

—Ahora lo conocerá. Por favor...

Valley se dio cuenta de que no debía oponer resistencia. Además, sentía una vida curiosidad por saber qué tenía que decirle aquel tal Sippher.

—Muy bien, vamos allá.

Entró en el coche. Los dos esbirros se acomodaron en el asiento delantero, separado por una mampara de vidrio cerrada en aquellos instantes.

—Gracias por haber accedido a mi petición, señor Valley —dijo Sippher.

Era un hombre de unos cincuenta años, grueso, con doble papada y varios anillos con piedras preciosas en los dedos regordetes de sus manos. Sin necesidad de una indicación, el chófer hizo arrancar el coche silenciosamente.

—Siento mucho interés por saber lo que tiene que decirme —manifestó el joven—. ¿De qué se trata, por favor?

—Usted habrá oído hablar, sin duda, de Ralph Endicott. Claro que estoy diciendo una tontería; murió en su casa...

—Es un suceso del cual no han publicado una sola línea los

periódicos y, sin embargo, hay mucha gente que conoce lo sucedido. ¿Puedo saber el interés que tiene usted en el difunto Endicott, señor Sippher?

—Estuvo en su casa varios días.

—Perdone, pero se equivoca. Estuvo en mi casa exactamente, hasta la una y pico de la madrugada en que falleció.

—Desconocía ese dato. Yo pensé que la estancia de Endicott se había prolongado más tiempo. Le ruego me disculpe, amigo Valley.

El joven hizo un signo de aquiescencia y luego dijo:

—Todavía no has contestado a mi pregunta, señor Sippher.

—Tengo interés por saber lo que Endicott le dijo en esas horas.

—No fue gran cosa. Estaba en la miseria y se sintió muy agradecido por la hospitalidad que yo le ofrecía, así como por las ropas limpias que le facilité, además de un buen baño y una sustanciosa cena. En ningún momento me habló de su vida, ni dio detalles personales sobre su crítica situación y yo, naturalmente, no iba a preguntarle detalles que él, seguramente, prefería callar. A la una de la madrugada, mi ama de llaves me avisó de que se encontraba muy mal y murió quince minutos más tarde. Eso es todo.

—Un momento. Ha dicho que le ofreció ropas limpias.

—Sí, es cierto. Las suyas se hallaban en un pésimo estado. Yo conservaba todavía las del abuelo, anticuadas, pero en buen uso, y le ofrecí lo necesario para cambiarse.

—¿Qué fue de sus ropas?

—Mi ama de llaves las arrojó al incinerador.

—¿Todas?

—Hasta los zapatos. No quedó nada aprovechable, señor Sippher.

—Pero... seguramente, llevaría algunos documentos en los bolsillos. Su sirvienta los retiraría.

—Mire, señor Sippher, yo sé que se llamaba Ralph Endicott porque él me lo dijo, no porque pudiera comprobarlo documentalente. Si me hubiese dicho que se llamaba Smith, igualmente le habría, creído. No recuerdo que mi ama de llaves mencionase nada sobre documentos personales del señor Endicott.

Sippher torció el gesto.

—Tal vez cambió esos documentos de las ropas usadas a las nuevas... y se los ha llevado a la tumba —masculló.

Valley no quiso desengañar al sujeto. Por nada del mundo le hubiera mencionado las últimas palabras de Endicott y menos aún le iba a decir que le había dejado una partitura, con una clave para encontrar una hipotética fortuna.

—Eso es algo de lo que no me preocupé en absoluto —dijo,

Sippher guardó silencio durante un buen rato. Al cabo, hizo un

ademán y el coche se detuvo a poca distancia del lugar en dónde había subido Valley. El joven, asombrado, se dio cuenta de que habían estado moviéndose en círculo.

—Agradezco su amabilidad, señor Valley —dijo Sippheer. Le entregó una tarjeta de visita—. De todos modos, si recuerda algo más sobre el particular, le ruego se ponga en contacto conmigo. Podría obtener una buena recompensa, en tal caso.

Valley ocultó una sonrisa y abrió la portezuela.

—He tenido mucho gusto —se despidió.

Capítulo V

LLOVÍA mansamente. Valley estaba enfrascado en su trabajo. El tiempo era lo suficiente desagradable como para tener encendida la chimenea. «Kim» dormía apaciblemente cerca del fuego, encima de una gran piel de oso.

Súbitamente, el perro levantó la cabeza, a la vez que enderezaba las orejas. Valley le miró sonriendo.

—¿Qué sucede, «Kim»? ¿Viene alguien?

Un zumbido sonó de inmediato. Desde la planta baja, Ann Port le llamó por el interfono.

—Señor, la señorita Oppelt quiere verle. Dice que se trata de algo muy urgente.

—Está bien, Ann. Acompáñela al estudio, por favor.

«Kim» se desperezó y miró hacia la puerta que se abrió momentos más tarde. Peggy apareció en el umbral con una expresión poco animosa en su bonito rostro.

El perro corrió a recibirla, pero ella no le hizo caso. Valley se puso en pie.

—Déjala, «Kim», parece que la señorita no se encuentra con humor para tus fiestas. ¿Me equivoco, Peggy?

Ella movió la cabeza.

—Me han robado la partitura —dijo, sin más.

—Oh... —Las cejas del joven se levantaron—. Bueno, ya hablaremos de eso con más tranquilidad. Ahora, siéntese cerca del fuego y aguarde que le sirva una taza de café. Con el tiempo que hace, se necesita un poco de bebida caliente, ¿no le parece?

—Rick, yo no puedo sentirme tan tranquila como usted...

—Es lógico —admitió Valley sin inmutarse, mientras manipulaba en la cafetera que tenía sobre un pequeño hornillo—. ¿Ha habido violencia en el robo?

—No, en absoluto. Ayer me pasé el día tratando de encontrar la clave, pero no conseguí nada. Al fin, me acosté. Esta mañana, tuve que salir de compras. Cuando regresé, vi que alguien había entrado en la casa. No había señales de desorden, pero pude apreciar señales de pisadas hechas con zapatos mojados. La partitura había desaparecido de mi mesa de trabajo.

—No cabe la menor duda de que el ladrón fue a tiro hecho —dijo

el joven. Ofreció una taza de café a su visitante y, con otra en la mano, se sentó frente a ella—. Pero, en cierto modo, tiene explicación.

—Yo no la encuentro.

—Usted es la nieta de Ralph Endicott. Su único pariente vivo, creo.

—En efecto —confirmó Peggy.

—Por tanto, resulta lógico pensar que usted tiene algunas cosas que pertenecieron a su abuelo. Si yo estuviese interesado en esa partitura, también pensaría lo mismo.

—Pero ¿quién puede ser? —exclamó ella, muy abatida.

—Lo ignoro. Una cosa parece cierta: lo que dijo su abuelo acerca de un tesoro, tiene una base real. Usted misma está convencida de que eso es cierto.

—A veces, lo dudo. Pero otros, en cambio, están seguros. De lo contrario, ¿por qué robarme la partitura?

Valley apuró su café y dejó la taza a un lado.

—De todos modos, no tiene que preocuparse, Peggy. Lo que yo le di fueron simples fotocopias de los papeles pautados. Los originales están en mi poder.

Ella abrió la boca, estupefacto.

—¿Habla en serio?

—No bromeo —respondió Valley—. Antes que usted, había venido a verme un tal Roytter, cuyo aspecto no me gustó en absoluto. Entonces decidí que, fuese o no cierto lo del tesoro, con la clave en la partitura, me convenía tener una copia de la misma. Y eso es lo que hice.

Peggy se relajó en su asiento.

—Bueno, no se puede negar que tuvo usted la intuición de que podía pasar algo —dijo—. ¿Me entregará ahora el original?

—Otra copia, Peggy.

—¿Por qué no el original?

—Verá, en cierto modo, me pertenece. No puedo demostrarlo, porque no había testigos, pero su abuelo me dijo que tomase esa partitura. En esos momentos yo ignoraba que él tuviese una familia, pero ello no altera la situación.

—Creo que lo que usted quiere es una parte de esa fortuna —dijo la chica envaradamente.

Valley sonrió de un modo especial. Peggy le observó atentamente. Luego paseó la vista por el enorme estudio, dos de cuyas paredes, que formaban ángulo, estaban completamente acristaladas. Había varias estanterías repletas de libros y un par de mesas rebosantes de papeles y libros evidentemente muy antiguos. En un rincón vio una estatua de tamaño natural, de bronce, que representaba a una mujer desnuda,

con una lanza en una mano y la otra sobre el escudo que se apoyaba sobre el pedestal. El casco, con el penacho, y la visera, con aberturas para los ojos, le hicieron saber en el acto la deidad representada en aquella escultura.

Había, además un par de valiosos cuadros colgados de las paredes, a ambos lados de la chimenea. Sobre el suelo, de madera brillante, se veían tres pieles de oso. A pesar de sus dimensiones, el estudio resultaba cálido y confortable.

Al cabo de unos momentos, Peggy se puso colorada.

—Creo que he dicho una tontería —murmuró, avergonzada.

—El ser humano está propenso al error, por lo que no le daremos la menor importancia —contestó él jovialmente—.

De todos modos, habrá de permitirme que le guarde los originales. Y, por supuesto, le daré otras copias para que siga buscando la clave.

—No sé cómo darle las gracias.

—Encuentre la clave, eso es todo, Peggy.

Valley se puso en pie. En el mismo instante, se oyó ruido de cristales rotos y algo cayó en el interior de la estancia.

* * *

El perro empezó a ladrar desaforadamente y Valley tuvo que calmarlo, mientras la muchacha recogía del suelo el objeto que había penetrado violentamente en la estancia. En el acto vio que se trataba de una esfera, a la que envolvía un trozo de papel.

—Esto parece un mensaje —exclamó.

—Léalo, ¿quiere?

El papel estaba sujeto con un par de gomitas, que Peggy quitó de inmediato. Luego lo puso encima de una mesa, lo alisó con las manos y leyó en voz alta:

—«Deje de meter sus narices en lugares inconvenientes o perderá el sentido del olfato para siempre.»

—Vaya, me amenazan —dijo el joven tranquilamente—. ¿Con qué han pagado el franqueo de esa carta?

Peggy no pudo por menos de sonreír y enseñó la bola que había llegado junto con el mensaje.

—De billar —dijo.

—A ver, permítame.

Valley se acercó a la cristalera del lado oriental y contempló unos momentos el vidrio destrozado por el proyectil esférico. La vidriera estaba compuesta por numerosos cuadros, que formaban una especie de enrejado, cada uno de los cuales tenía unos treinta centímetros de

lado. Pero parte de la cristalera podía abrirse.

La tapia del jardín, en aquel lugar, estaba a menos de diez metros de distancia. Al otro lado divisó un coche parado y un hombre que miraba hacia la casa, como si quisiera cerciorarse de que el dueño había recibido el mensaje. Apenas vio la silueta del joven junto a los vidrios, se acercó al automóvil y se dispuso a entrar en él.

Valley abrió la ventana y echó el brazo hacia atrás. La bola partió con tremendo ímpetu y alcanzó su blanco en el momento en que el coche se ponía en marcha. La luneta posterior desapareció instantáneamente.

—Bueno, ya estamos en paz —dijo Valley con acento de buen humor.

Cerró la ventana y luego apretó un botón. Las cortinas de ambos lados se corrieron automáticamente.

—No me había dado cuenta de que ya es de noche —explicó—. Ordinariamente, corro las cortinas al oscurecer, pero hoy se me pasó el tiempo.

—Debido a mi visita, claro.

—En todo caso, es un motivo agradable. Bien, hemos quedado que le daría una copia de la partitura. A veces, necesito copias de mis trabajos y no puedo perder tiempo en enviarlas a un lugar especializado, por lo que tengo una fotocopidora en casa. Si se espera unos minutos, tendrá de nuevo la partitura.

—Usted la habrá escondido muy bien.

—No le quepa la menor duda.

Valley se acercó a la estatua y asió la lanza, un poco por encima de la mano que la sostenía. Hizo un seco giro a la izquierda y separó las dos mitades de la lanza. La parte que él tenía en la mano estaba hueca, según pudo apreciar al verle sacar del interior un rollo de papeles un tanto amarillentos.

—Que me aspen si... —dijo, y luego se echó a reír—. Un escondite realmente ingenioso, Rick —elogió.

—El apropiado, realmente —contestó él, mientras se dirigía a la máquina de fotocopias, situada en el extremo opuesto—. ¿Sabe a quién representa la estatua?

—Es la diosa Minerva, creo.

—Efectivamente, la diosa de la sabiduría.

—Pero yo siempre la vi representada cubierta con una clámide...

—El artista que realizó la obra quería significar con la desnudez de esta Minerva, que la sabiduría, que proviene de la ciencia, no debe tener prejuicios. ¿Los tiene usted?

—Lo suficientemente anticuados para no servir de modelo a una obra semejante —contestó Peggy.

—Al escultor se le caería la baba si pudiera contar con usted para su próxima obra, créame.

—No, que no cuente —rió ella—. ¿Cuál será la próxima obra, Rick?

—Anfitrita, saliendo de las espumas del océano.

—Hoy día eso sucede a diario, en todas partes del mundo, ya no tiene importancia. Las chicas se bañan desnudas.

—¿Usted también?

Peggy carraspeó.

—Dejemos esto —propuso.

—Sí, será mejor.

Momentos después, Valley le entregaba otras copias.

—Guárdelas bien —aconsejó—. No se deje confiar esta vez.

—Descuide.

—La acompañaré hasta la puerta, Peggy.

—Es usted muy amable.

—Lo hago con mucho gusto.

Peggy hizo unas caricias al perro y luego descendió a la planta baja, acompañada por el dueño de la casa. El vestíbulo era enorme, decorado con maderas, oscuras, que indicaban una notable antigüedad. Había algunos cuadros y también una gran fotografía, enmarcada en plata, en la que se veían a tres ancianas, de rostros maliciosos, ataviadas de un modo singular y cada una de ellas con una varita en la mano. La varita estaba rematada por una estrella de plata.

—Parecen tres hadas —dijo ella, un tanto intrigada.

—Son mis hadas madrinas —respondió Valley, a la vez que las señalaba sucesivamente con la mano—. El hada de la Fortuna, la de la Salud y la del Amor —explicó.

—¿Todavía cree en las hadas, Rick? —sonrió la muchacha.

—En éstas, sí, desde luego.

Peggy pensó que el joven estaba tal vez un poco chiflado, pero no quiso hacer el menor comentario. Ann trajo poco después su impermeable y el paraguas y el joven la ayudó a ponérselo. Luego, Peggy se encaminó hacia la puerta.

—Si encuentro la solución, le avisaré inmediatamente. Tengo una pequeña pista, pero no es nada seguro todavía —manifestó.

—No tenga prisa —repuso él—. Pero, dígame, ¿de verdad cree usted en la fortuna de su abuelo?

—Usted se lo oyó decir cuando agonizaba, ¿no?

—En esos momentos, es fácil decir palabras incomprensibles... Tal vez deliraba.

—Creo que el abuelo estaba en lo cierto. Y usted mismo ha

podido comprobar que hay gente interesada en el asunto. Hasta el punto de asesinar por ese tesoro.

Valley asintió.

—Sí, lo vimos desde su propia casa —convino.

—Tendrá noticias mías lo antes posible —se despidió la joven.

Valley permaneció en la puerta, hasta que la vio desaparecer al otro lado de la verja, bajo la lluvia, aunque protegida por el paraguas y el impermeable. Luego, lentamente, volvió a su estudio.

La partitura había quedado sobre una mesa y la alisó con ambas manos, para estudiar las primeras notas del pentagrama. Si había allí una clave, ¿dónde estaba?

¿Cómo la había compuesto un hombre que pudo ser famoso y que luego lo había abandonado todo, para terminar pidiendo limosna por las esquinas de la ciudad?

Al cabo de unos momentos, volvió a enrollar los papeles pautados y los guardó de nuevo en el hueco de la lanza de Minerva.

Capítulo VI

VALLEY apartó la vista de los documentos que estudiaba y levantó el teléfono que sonaba insistentemente.

—Diga...

—Soy Sylvia. Tengo algo para ti —dijo la artista.

—Estupendo. ¿Buenas noticias?

—Eso depende de tu habilidad.

—¿En qué sentido lo dices?

—Es muy reacio a hablar. Puede que no quiera contestarte siquiera. Y tal vez intente atacarte.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cómo se llama ese bicho venenoso?

—Seth Tudd. Endicott se alojó algún tiempo en su pensión. Parece ser que intimaron bastante. Yo he intentado sonsacarle, pero no conseguí nada. Quizá tú tengas más suerte.

—Al menos, lo intentaré. ¿Dónde está esa pensión?

—Calle Treinta y cuatro, dos mil cuatro. Por cierto, ¿tienes traje contra radiaciones?

—Mujer, aún no ha empezado la guerra nuclear...

—Es que si no, no podrás protegerte contra los insectos que pululan en esa casa. También puedes ponerte ropas viejas y tirarlas antes de volver a tu casa. Ah, y cuida tu sentido del olfato; allí huele que apesta.

Aquellas palabras hicieron recordar a Valley algo sucedido cuatro días antes y que casi había olvidado.

—Sylvia, ¿por casualidad no habrás oído algo acerca de un tipo al que le rompieron de una pedrada el cristal trasero de su coche? —preguntó.

—Hombre, ¿por qué lo dices?

—Tú lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Se lo escuché a dos tipos en el bar del teatro, poco antes de la función. Uno de ellos me molestó bastante tiempo, hasta que tuve que convencerle rompiéndole un jarrón en la cabeza. Se llama Reiss Himmon. El otro es Walt Grays. Este es el que se quejaba del cristal roto por una pedrada.

—No fue una piedra, sino una bola de billar. ¿Sabes si, por casualidad, tiene relación con Roytter?

—No, aunque ya procuraré averiguar algo. Rick, ¿quién le tiró la

bola de billar?

—Yo. Se la devolví, simplemente. Adiós, guapa.

—Ven a verme pronto —pidió ella ardorosamente.

—En cuanto me sea posible.

Valley colgó el teléfono, recogió los papeles, acarició a «Kim» y anunció al ama de llaves sus propósitos de salir.

—Quizá regrese tarde —dijo.

—O tal vez venga a la hora del desayuno —contestó Ann críticamente.

—El caso es estar sentado a la mesa cuando usted lo vaya a servir —replicó él con acento malicioso.

Con el impermeable al brazo, porque seguía lloviendo. Valley se encaminó al garaje. Cuando iba a salir, Ann se asomó al porche que protegía la entrada principal.

—A las señoritas no les gustará lo que está haciendo usted —gritó acusadoramente.

Valley sonrió.

—Las tengo locas por mí, Ann. Protestarán primero y luego se resignarán, no se preocupe.

—Bueno, con tal de que no me traiga otro pordiosero, como la última vez, todo irá bien...

Valley ya no quiso seguir escuchando las protestas del ama de llaves. Era una excelente persona, pero a veces resultaba un tanto gruñona.

—Sin embargo, es una magnífica cocinera y eso hace que se le perdonen muchas de sus intemperancias —murmuró, cuando hada abrir, por una señal de radio, la verja que permitía el acceso al jardín.

* * *

El hombre estaba sentado tras una mesa mugrienta, en un infecto despacho, que olía a coles agrias y carne pasada, y parecía muy ocupado en limpiarse las uñas con una navaja de veinte centímetros. Era medio calvo, tenía barba de varios días y necesitaba mudarse de camisa urgentemente. En cuanto al chaleco, Valley pensó que, cuando viniese el calor, soltaría grasa suficiente para llenar una sartén.

—Me llamo Valley —se presentó.

—Dos dólares diarios una habitación. Doce, por una semana completa. Pago por adelantado —contestó Tudd sin mirarle.

Valley sacó unos billetes, contó doce dólares y los puso encima de la mesa. Tudd se guardó el dinero y le entregó una llave.

—Habitación número catorce —dijo.

El joven meditó unos instantes. Luego abandonó el despacho.

Subió al primer piso, abrió su habitación, la examinó unos momentos y luego descendió de nuevo a la recepción.

—No hay agua en el lavabo —se quejó.

—Sí, la hay.

—Suba a verlo, amigo.

—Le digo que...

En los ojos del joven había una expresión que Tudd no pudo ignorar. Maldiciendo entre dientes, guardó la navaja en el chaleco y se puso en pie.

—Muy bien, vamos a ver esa avería. Falta agua, falta agua... Si fuese whisky...

—En tal caso, sus huéspedes morirían en masa —respondió Valley insultantemente.

Tudd contestó con una obscena imprecación. Valley ya no quiso seguir discutiendo. Cuando llegaron al primer piso, dejó que Tudd pasara delante. Luego cerró la puerta.

Tudd fue al lavabo, probó los grifos y volvió a salir.

—Hay agua —dijo rabiosamente—. ¿Por qué diablos me ha engañado?

—Quiero hablar con usted. En el despacho no habría sido posible. Sospecho que en esta repugnante pensión los ruidos importan poco a los huéspedes. ¿Me equivoco?

Tudd se lamió el labio superior con gesto aprensivo.

—¿Policía?

—¿Le he enseñado alguna placa?

—Entonces, detective privado.

—No, Amigo de Endicott.

Los ojos de Tudd se achicaron.

—El viejo chiflado...

—Eran bastante amigos, creo.

—Según se mire. Charlábamos mucho, ésta es la verdad. Pero no podíamos considerarnos como verdaderos amigos. Lo que pasa es que él estaba solo en este mundo y a veces se sentía un poco deprimido. Entonces, enviaba a comprar una botella de whisky y la despachábamos juntos.

—En esos momentos, sin duda, Endicott hablaría por los codos, supongo.

—Bueno, como yo también estaba bastante bebido, no prestaba gran atención a lo que me decía. Tonterías de su vida pasada, sus éxitos como concertista y compositor, y cosas así. Nada de importancia, créame.

—Apostaría algo a que también le habló de un tesoro, Seth.

Tudd volvió a entornar los ojos.

—No sé nada de lo que me dice —rezongó.

—Mire, Seth, le he pagado una habitación, por una semana, y no voy a quedarme en ella, de modo que todo eso es beneficio para usted. Así que ya puede empezar a hablar o le volveré del revés como un guante.

Hubo un instante de silencio. De súbito, Tudd sacó su navaja.

Cuando apretaba el resorte que hacía salir la hoja, Valley agarró su mano armada con la izquierda y lo hizo girar en redondo, lanzándolo contra la puerta. Luego quitó la navaja.

Inmediatamente, apoyó la mano de Tudd, plana, contra la puerta. Sujetándosela por la muñeca con la mano izquierda, puso en el dorso la punta de la navaja

—¿Ha visto alguna vez mariposas clavadas con un alfiler? Eso es lo que le haré con su puerca mano, si no me contesta —dijo ominosamente.

Valley percibió un olor repugnante. Tudd estaba sudando de pánico.

—No, no lo haga... —gimió el sujeto—. No sé mucho, la verdad... El viejo chiflado... Estuvo un montón de tiempo, viviendo gratis a mi costa... él y su maldito perro... Me contó un cuento sobre una gran fortuna que tenía escondida en algún sitio, pero no sé más.

—Vamos, Seth, no me tome por tonto —dijo Valley—, Usted sabe más, mucho más. Suéltelo todo de una vez, ¿eh?

—Sólo sé que... Una noche se emborrachó solo y habló algo sobre una clave, en las notas de una partitura... Números y notas, y se reía solo y decía que nadie encontraría jamás el tesoro, porque sólo él poseía la clave.

—Ha dicho números y notas

—Sí, exactamente. Le juro que no sé más. Suélteme ya, maldita sea.

Valley se dio cuenta de que ya había conseguido todo lo que le era posible. Tudd no diría nada más, porque, sencillamente, lo había dicho cuanto sabía.

—Me quedo la navaja —dijo, al retirarse un par de pasos hacia atrás—. Puede quedarse el dinero, Seth.

Tudd se volvió y le miró furiosamente.

—Espero que me dé una parte de ese maldito tesoro cuando lo encuentre —exclamó.

—Ya se lo he dado. Doce dólares, es todo lo que le corresponde.

Abrió de golpe. Tudd estaba aún muy cerca de la puerta y ésta le golpeó en la nariz, arrancándole un aullido de dolor.

Valley contuvo una sonrisa y salió de aquella apesadumada habitación. Inmediatamente, emprendió el descenso. Tras él, percibió las quejas de Tudd que bajaba a trompicones.

Como había supuesto, ninguno de los huéspedes asomó la cabeza para ver lo que sucedía. En aquella casa, nadie se preocupaba de los asuntos ajenos, pensó.

Cuando salía a la calle, se tropezó con dos sujetos mal encarados, que no le concedieron siquiera una mirada. Ambos llevaban sendos impermeables, con los cuellos levantados, y sus rostros apenas si quedaban visibles.

Valley tenía el coche a poca distancia de la puerta. Sacó las llaves y se dispuso a abrir la portezuela de su coche. En el mismo instante, oyó un feroz chillido de pánico.

Luego, Tudd salió de la casa a todo correr, como si le persiguiesen cien legiones de diablos. Los dos sujetos a los que había visto antes, salieron tras él, ambos con sendas pistolas en la mano.

Tudd trató de esconderse detrás de un automóvil, pero los pistoleros le atacaron por ambos flancos, acribillándolo a balazos, ante la estupefacción y el terror de los pocos transeúntes que circulaban por la calle en aquellos momentos. Valley, por su parte, se encogió tras el motor de su coche, aguardando estoicamente a que se pasara aquella tempestad de disparos.

Tudd quedó en el suelo, desangrándose. La lluvia lavaba su rostro lívido, en el que se había petrificado una mueca de terror infinito. Luego, los dos pistoleros, sin mostrar excesivas prisas, subieron a un coche que aguardaba a pocos pasos con el motor en marcha, conducido por un tercer individuo, y se alejaron de aquel lugar antes de que nadie hubiera tenido tiempo de reaccionar.

* * *

—He estado hablando con un hombre que conoció bastante a su abuelo —dijo Valley al día siguiente, con el teléfono pegado a la cara.

—¿Le dijo algo interesante? —preguntó Peggy con avidez.

—No demasiado. A veces, incluso, pienso que no me dijo todo lo que sabía, pero ya no podrá ser más explícito.

—Oiga, yo tengo algún dinero... Si se trata de pagarle...

—Lo único que podemos hacer por ese tipo es pagarle una corona de flores, Peggy.

—Ah... ha muerto... —Ella emitió un agudo chillido—. ¡Lo maté usted!

—No sea... —Valley iba a decir «estúpida», pero pudo contenerse

a tiempo—. No, no fui yo. Lo hicieron unos pistoleros.

—¿Cómo lo sabe, Rick?

—Lo vi a menos de veinte pasos de distancia.

—¿Cree que lo mataron por el asunto de la fortuna del abuelo?

—No sé qué decirle. Los periódicos de la mañana hablan de «ajuste de cuentas». El tipo tenía una pensión, en la que su abuelo se hospedó durante bastante tiempo. Allí, supongo se alojan gentes de todas clases tal vez denunció a alguien perseguido por la justicia y lo mataron por chivato. Pero también puede suceder que su muerte tenga algo que ver con nuestro asunto.

—Si fuera así, ya se habrían cometido tres asesinatos, Rick.

—Sabe usted contar —dijo él con macabro humorismo—. Eso puede resultarle también útil para descifrar la clave. Según el muerto, su abuelo dijo algo sobre números y notas, pero era todo lo que sabía. Al menos, todo lo que declaró saber, ¿comprende?

—Números y notas —repitió Peggy pensativamente—. ¿Se le ocurre a usted alguna idea?

—Bueno, yo diría que a una nota determinada hay que ponerle un número también determinado. Lo difícil es saber qué notas son y a cuáles es preciso adscribir una cifra. En apariencia, es una clave muy complicada, pero no lo será tanto cuando se conozcan sus elementos básicos.

—Yo no entiendo absolutamente de claves, Rick —se lamentó la muchacha—. Por más que me esfuerzo, no consigo dar con la solución.

—Usted dijo que tenía una pequeña pista...

—Sí, pero no estoy segura. Y ahora, después de lo que me ha dicho, menos todavía. Me siento completamente desorientada, llena de perplejidad, se lo aseguro.

—Bueno, parece que la clave está en los números y las notas. No se desanime, muchacha. Aunque, de todas formas, dígame, ¿siente demasiado interés por la fortuna de su abuelo?

—Si estuviese en mi lugar, ¿qué pensaría usted, Rick?

—No puedo contestarle. Quizá intentase buscarlo porque es algo que me pertenece, por terquedad, por orgullo... pero nunca por el dinero en sí.

—Hay opiniones —contestó Peggy secamente—. Bien, si consigo algo, le llamaré.

—Digo lo mismo —se despidió Valley.

Después de colgar el teléfono, se tiró del labio inferior, preguntándose la forma mejor de abordar a Walt Grays, el hombre que le había tirado el mensaje sujeto a una bola de billar.

Capítulo VII

TARDÓ dos días, pero, al cabo, consiguió encontrar a Grays en un salón de billares, cosa que, recordando lo ocurrido, le parecía lo más lógico.

Grays estaba dándole al taco. Ni siquiera se percató de su presencia cuando se situó en el borde de la mesa de billar. El sujeto hizo una jugada. Una bola llegó hasta las inmediaciones del joven y éste se apoderó inmediatamente de la esfera de marfil.

—Eh, deje eso —protestó Grays.

Impasible, Valley sacó un billete de diez dólares y envolvió la bola con él, sujetándolo a continuación con una gomita que había llevado preparada. Luego lanzó la bola en dirección a Grays.

Aunque rodaba muy irregularmente, la bola llegó a su destino. Grays se guardó el billete y le miró inquisitivamente.

—Una bonita forma de entrar en materia —comentó, sonriendo con un lado de la boca.

—De este modo he querido decirle que necesito hablar con usted —respondió el joven.

—Que yo sepa, no nos conocemos, amigo. ¿Qué le sucede?

—¿No hay sitio aquí donde podamos hablar con más tranquilidad?

—Claro. Sígame.

Reiss dio media vuelta. Antes de abandonar la mesa, Valley se echó al bolsillo una bola de billar. Podía resultar una buena arma, en caso necesario.

El hampón le condujo hasta un reservado situado en el primer piso. Entró, cerró la puerta y se puso un cigarrillo en la boca.

—Empiece, hermano.

Valley sacó del bolsillo la nota que había recibido días antes y la sujetó con ambas manos, extendiéndola ante los ojos de Reis. El sujeto abrió la boca y el cigarrillo se le cayó al suelo.

—De modo que era por eso —dijo Reiss, al cabo de unos momentos.

—En efecto. ¿Qué tiene que decirme sobre el particular, Walt?

—Nada. Diablos, usted rompió el cristal trasero de mi coche...

—Es una lástima que aquella bola no te alcanzase en el cráneo. ¿Por qué me la enviaste?

Reiss se encogió de hombros.

—Eso no es cuenta suya —respondió.

—Vamos, hombre. De modo que me amenazas de muerte y dices que no me importa. Pero, ¿es que me has tomado por tonto?

—Señor Valley, voy a darle un consejo. Déjeme en paz o lo pasará muy mal —contestó Reiss malhumoradamente.

Valley metió las manos en los bolsillos. De repente, sacó la bola y la lanzó hacia abajo con todas sus fuerzas.

Reiss recibió el impacto en el pie derecho y lanzó un aullido de dolor, a la vez que empezaba a saltar a la pata —coja. Tranquilamente, Valley se inclinó, recobró la bola y luego la estrelló contra la nariz del hampón.

—¿Quién dijo que iba a perder el sentido del olfato?

Sonreía burlonamente, mientras Reiss, incapaz de soportar el dolor, se sentaba en una silla, con los ojos llenos de lágrimas. Valley, simulando sadismo, le paseó la bola por la oreja izquierda.

—Podemos continuar el juego —dijo—. ¿Por qué me enviaste aquel mensaje?

—No fue cosa mía, me lo ordenó Ferd Wooster.

—¿Quién es Wooster?

—El dueño de... de The Red Seagull... una taberna de la calle Once.

—¿Él te lo ordenó?

—Sí. A veces, me manda hacer cosas... Bueno, somos viejos conocidos y yo no pude negarme.

—Sobre todo, porque te pagó.

Reiss contestó con un gesto de asentimiento. Valley se encaminó hacia la puerta.

—No avises a tu amigo que voy a hacerle una visita —dijo.

Reiss no contestó. Estaba muy ocupado en restañar la sangre que había brotado de su nariz.

Lleno de aflicción, se preguntó si aquel golpe le haría perder el sentido del olfato. Wooster debía de saber algo sobre el particular, porque en su juventud había estudiado medicina, si bien no había terminado la carrera.

* * *

La muestra del local representaba gráficamente su nombre; una gaviota roja, pintada en una tabla que sobresalía de la pared y pendía de un hierro forjado. La taberna quería tener un vago aire de antigüedad.

—Es una antigüedad muy moderna —murmuró Valley

sarcásticamente.

Empujó la puerta. El interior era más amplio de lo que había pensado. Incluso divisó un pequeño escenario, aunque vacío en aquel momento.

Las camareras vestían unos imaginarios uniformes de marineros, aunque con pantalones muy cortos y ceñidos. El local parecía muy próspero y estaba rebosante de clientela.

Valley consiguió acercarse al mostrador. Una barmaid pechugona, de mirada maliciosa, le puso un vaso delante y empezó a llenarlo.

—¿Has adivinado mis preferencias? —sonrió el joven.

—Todos piden lo mismo para empezar —contestó ella. —Menos yo.

—Ah, no te gusta...

—Déjalo. No lo beberé, pero puedes servírselo a otro. Valley sacó un par de billetes de cinco dólares, hizo un rollito muy delgado, casi como un cigarrillo, y lo metió en el profundo escote de la mujer.

—Para ti —dijo.

—Por algún motivo, supongo.

—Quiero ver a Wooster.

—Ah... No suele recibir a la gente tan fácilmente.

—Algunos sí lo consiguen, me imagino:

—Prueba. Al otro lado de aquellas cortinas, la puerta del fondo. Ten cuidado con el «Abominable».

—¿Quién es ese tipo?

—Algunos dicen que Wooster se lo trajo del Tibet. Yo creo que es cierto.

—¿Un Abominable Hombre de las Nieves?

Ella rió.

—No habla, sólo gruñe. —Bajó la voz—. Tiene una fuerza descomunal. Se dice que una vez le arrancó una mano a un tipo de un tirón. Luego se la metió en la boca.

—Basta, no sigas; mi estómago no lo resistiría.

—Ten cuidado. Me has resultado simpático.

—Envidio a tu esposo —suspiró Valley.

—No lo tengo.

—Ya llegará —se despidió el joven.

La barmaid le miró con aire pesaroso.

—Suerte, buen mozo —murmuró.

* * *

El Abominable estaba delante de la puerta indicada por la

camarera, inmóvil como una estatua. Valley se dijo que su informadora no había sabido explicarse correctamente. Aquel sujeto era mucho peor de lo que había llegado a imaginarse.

Medía casi dos metros de altura y debía de pesar unos ciento treinta kilos. Apenas si tenía frente y las cejas casi se confundían con el arranque del cabello, hirsuto y áspero como cerdas de jabalí. Los ojos eran muy pequeños, deprimidos en unas profundas cuencas, y la nariz era poco más que un ancho relieve de un centímetro, con dos orificios para la respiración. En cuanto a la boca, le extrañó no ver asomar dos puntiagudos colmillos.

Las manos, enormes, estaban cubiertas de un espeso vello rojizo. Realmente, se dijo Valley, aquel sujeto tenía su apodo plenamente justificado.

—Quiero ver a Wooster —declaró.

El Abominable emitió un gruñido que parecía una negativa.

Valley decidió que no valía la pena insistir verbalmente. Sacó la bola de nuevo y se la enseñó al sujeto.

El Abominable distendió sus labios en algo que parecía una sonrisa. Valley supuso que se trataba de un deficiente normal, de escasa inteligencia, aunque con el suficiente entendimiento como para obedecer ciegamente cualquier— orden.

Mantuvo la bola en alto un segundo. Luego la disparó con todas sus fuerzas contra el pie derecho de aquel gigantesco individuo.

El Abominable no podía ser una excepción. Rugió ferozmente y empezó a saltar a la pata coja, tratando de agarrarse el pie con las dos manos. Entonces, Valley apoyó el pie derecho en su costado y lo derribó al suelo.

Recogió la bola y abrió la puerta. Un hombre le miró irritadamente desde la mesa ante la cual se hallaba sentado.

—¿Quién es usted? ¿Qué diablos quiere?

—Me llamo Valley —contestó el joven tranquilamente.

Se volvió para cerrar. El Abominable pugnaba por levantarse, pero aún le dolía el pie y sus esfuerzos no daban el resultado apetecido.

«Mucha fachada, pero nada positivo», pensó, mientras cerraba con todo cuidado.

—Valley —repitió Wooster, atónito.

—Eso es. Y he venido aquí para averiguar los motivos por los cuales me envió un mensaje amenazador, por medio de un tipo llamado Walt Reiss.

Wooster se puso rígido. Era un sujeto de unos cincuenta años, muy delgado, de nariz aguileña y mirada astuta.

—No tengo por qué darle explicaciones de mis actos —contestó

secamente.

—En eso se equivoca. Cuando sus acciones pueden perjudicarme, yo tengo derecho a saber por qué lo hace.

—Pierde el tiempo. No le diré nada.

Valley paseó la mirada por la estancia.

De pronto, divisó en uno de los ángulos un enorme jarrón decorado, en el que había un gran ramo de flores. La bola de billar, tan pródigamente utilizada aquella noche, emprendió un nuevo vuelo a gran velocidad.

El jarrón saltó en pedazos con gran estruendo y el agua se derramó por el suelo, mojando la moqueta que cubría el piso. Wooster lanzó un rugido de furor.

—¿Me lo quiere decir? —preguntó el joven cortésmente.

Wooster dudó un momento. Valley avanzó unos pasos y recobró la bola.

De repente, se oyó un tremendo estrépito.

El joven se volvió. Contempló algo increíble.

El Abominable había arremetido contra la puerta, haciéndola astillas literalmente, y entró en la habitación, rugiendo ferozmente. Wooster se tapó la cara con las manos.

—Me van a destrozar el despacho —gimió.

El Abominable se detuvo a unos pasos del joven, mirándolo con ojos inyectados en sangre. Luego, de repente, arrancó hacia adelante, a la vez que emitía un grito indescriptible.

Valley procuró mantener la serenidad y aguantó a pie firme la arremetida del gigante. En el último instante, se apartó a un lado, pero dejó la pierna derecha extendida.

El Abominable tropezó y empezó a caer, manoteando en el aire inútilmente. Wooster se vio venir encima aquella mole de carne y lanzó un aullido de pánico. Ciento treinta kilos de humanidad, cayeron sobre la mesa, que se rompió con terrible estruendo de maderas astilladas.

Wooster quedó debajo, chillando a grito pelado, mientras el gigante pugnaba por levantarse. Entonces, Valley se acercó y, sin soltar la bola, le dio un seco golpe en la coronilla.

El Abominable se quedó quieto instantáneamente. Valley sonrió, mientras hacía saltar la bola en el aire. Desde debajo de aquel montón de ruinas, Wooster le miró atemorizado.

—Y ahora —dijo el joven—, ¿hablará?

Los ojos de Wooster cambiaron repentinamente de expresión. Valley presintió la inminencia de un peligro, pero cuando quiso reaccionar era ya tarde.

De repente, vio que todo daba vueltas. Le extrañó no sentir dolor,

aunque sí se dio cuenta de que iba a perder el conocimiento.

«He descuidado mi retaguardia», pensó, mientras doblaba las rodillas.

Capítulo VIII

AHORA sí sentía dolor, y le pareció hallarse a bordo de una embarcación que se balanceaba sobre las olas. Los ramalazos de dolor iban y venían como latigazos en su cerebro, pero, a los poco momentos, notó cierta mejoría.

Sin embargo, se sentía muy débil y sabía que era incapaz de reaccionar en debida forma. La voz de Wooster llegó a sus oídos y le pareció que el sujeto estaba a un kilómetro de distancia.

Su consciencia volvió. Ahora sí podía entender lo que decía Wooster, quien indudablemente, estaba hablando con alguien por teléfono.

—No, no sé cómo se ha enterado... pero eso es lo de menos. Te lo digo, Dean, ese hombre es un peligro... Ah, lo dejas en mis manos... Bueno, de acuerdo; me desharé de él... No temas; tengo hombres de confianza... y la bahía es muy profunda. Te llamaré cuando todo haya terminado...

Valley intentó resistirse, pero alguien cayó sobre él y le ataron las manos a la espalda. Otra cuerda le inmovilizó los tobillos. Luego, un pañuelo tapó su boca. Wooster dijo:

—No, no, Jack, no quiero que le hagas nada. Simplemente, ayúdale a Dolph a cargarlo en el coche. Él se ocupará del resto.

El Abominable emitió un gruñido que Valley supuso era una respuesta afirmativa, aunque quejumbrosa por no poder desquitarse. Luego se sintió levantado en brazos, como si fuese una pluma.

Pesaba más de ochenta kilos, pero el Abominable lo manejaba con toda facilidad. Valley se dio cuenta de que salían por una puerta lateral a un callejón y luego se encontró tirado en el asiento posterior de un coche.

—Vuelve adentro, Jack —ordenó el sujeto llamado Dolph.

Se oyó un gruñido animal. El coche arrancó a los pocos instantes.

Valley se dio cuenta de lo que iba a pasar. Le arrojarían al mar. Atado como estaba... quizá podría flotar, aunque lo más probable era que le atasen un peso a los pies.

Intentó soltarse, pero el que le había atado sabía hacer muy bien los nudos y sus esfuerzos resultaron inútiles. Empezó a pensar en la forma de hacer algo cuando llegasen al borde del agua.

Lo llevarían a algún lugar desierto del puerto, seguramente. Por

un momento, se sintió desanimado. No podía hacer nada.

Decidió conservar sus fuerzas, para los últimos momentos, e intentar entonces algo que le permitiese librarse de aquella crítica situación. Delante de él, Dolph conducía el coche con toda indiferencia, canturreando entre dientes una vieja melodía.

«No le impresiona el hecho de cometer un asesinato a sangre fría», pensó.

Y si salía de aquel apuro, Dolph se las pagaría, se prometió a sí mismo.

Media hora más tarde, el coche se detuvo en un lugar solitario, escasamente alumbrado. Dolph se apeó y abrió la portezuela, Valley le vio sonreír.

—Aquí se acaba el viaje, hermano —dijo el hampón cínicamente.

Tiró de los pies del joven y lo sacó a rastras del coche. Luego fue al maletero, lo abrió y extrajo algo, regresando inmediatamente junto a su víctima.

Valley vio el objeto de forma cúbica, una piedra, seguramente, con una cuerda ya atada. Ahora sólo faltaba sujetar el otro extremo a sus tobillos y...

Cuando Dolph se inclinaba hacia él, encogió las piernas y disparó los pies con todas sus fuerzas.

El hampón recibió el golpe en pleno rostro. Un rugido de dolor se escapó de sus labios y retrocedió trastabillando. La piedra se escapó de sus manos.

Súbitamente, Dolph abrió los brazos, giró sobre sí mismo y se precipitó al mar, con gran chapoteo de espumas.

Valley se quedó estupefacto. El golpe no había sido para tanto, se dijo. Dolph podía haberse recuperado...

De repente, tuvo la explicación de aquel enigma.

* * *

Tres hombres surgieron de las sombras, dos de ellos, empuñando sendas pistolas cuyos cañones estaban terminados en unos largos cilindros. Valley supo así que Dolph había sido muerto a tiros, cuyas detonaciones habían apagado los silenciadores.

—Parece que hemos llegado a tiempo —dijo el tercer individuo, sonriendo amablemente—. Kertin, quítale la mordaza al señor Valley.

Uno de los pistoleros se inclinó hacia el joven y le quitó el pañuelo. Valley aspiró profundamente el húmedo aire de la noche.

—Gracias, señor Sippher —dijo—. Su llegada ha sido muy oportuna, puedo asegurárselo.

—No tengo la menor duda —rió el gordo—. Mis... amigos le

estaban siguiendo y le vieron entrar en The Red Seagull. Luego me avisaron de que lo sacaban de allí, atado como un salchichón, y me supuse lo que iba a suceder.

—Y entonces, me salvó la vida.

—Sólo de momento.

Valley se quedó helado. Aquella respuesta tenía un claro significado, sobre todo, si pensaba que aún seguía atado de pies y manos y que Sippher no daba muestras de quitarle las ligaduras.

—O sea, no ha actuado por caridad —dijo.

—Por egoísmo —contestó Sippher.

—Ya. Quiere saber...

—Quiero la partitura de Endicott.

—Ah, pero ¿no la tiene usted?

—Demasiado sabe que no, señor Valley.

—Entonces, no fueron sus hombres quienes la robaron de la casa de la señorita Oppelt.

Sippher frunció el ceño.

—¿La tenía ella?

—Como nieta de Endicott, le pertenecía. Pero yo se la entregué y alguien, durante una momentánea ausencia, se la robó.

—Es una lástima.

—Sí, eso mismo creo yo.

—Lo decía porque no me he tragado una historia tan bonita.

—Oiga, le he dicho la pura verdad...

—Quizá ahora se decida a hablar con sinceridad —dijo Sippher—. ¿No recuerda que aún está al borde del agua?

A Valley se le pusieron los pelos de punta.

—¿Piensa ahogarme?

—No. Le ataremos una cuerda bajo los sobacos y lo sumergiremos durante un rato. Después de varias inmersiones, usted se sentirá muy inclinado a hablar, se lo aseguro.

—Soy muy propenso a los catarros —dijo el joven.

—Lo siento. Si habla, podrá ir a un buen médico.

Sippher se retiró un par de pasos, a la vez que chasqueaba los dedos. Entonces, sus esbirros guardaron las pistolas y avanzaron hacia el joven, quien seguía sentado en el suelo, imposibilitado de resistirse.

En aquel momento, se oyó un agudo chillido de mujer.

Asombrados, los pistoleros se volvieron. Una sombra oscura cargó contra uno de ellos, asestándole un terrible empujón, que le hizo perder el equilibrio.

El sujeto, para no caer, se agarró a su compañero. Los dos vacilaron, pero estaban demasiado cerca del borde del muelle y

acabaron cayendo al mar.

Sippher se sentía estupefacto. Sin dejarle reaccionar, la desconocida se le echó encima y le dio otro fortísimo empujón.

Se oyó un chillido de angustia. Sippher manoteó unos instantes, inclinándose hacia atrás, pero sin poder recuperar el equilibrio. Al fin, se venció y, volteando en el aire, se hundió de cabeza en las cenagosas aguas del puerto.

Valley se sentía estupefacto.

—Por todos los... ¿De dónde diablos sale esta mujer?

Peggy se inclinó sonriendo hacia él.

—Parece que he llegado a tiempo —dijo.

—Si no te apresuras, tu llegada no servirá de nada —contestó él —. ¿No tienes nada para desatarme?

—Aguarda un momento...

Peggy hurgó en su bolso y extrajo unas pequeñas tijeras.

—Son de-las uñas, pero servirán...

De repente, Valley vio algo en el borde del muelle.

—¡Cuidado, Peggy!

Ella se volvió y divisó las dos manos que se aferraban al borde del malecón. Tranquilamente, sin mostrar alteración alguna, se acercó allí y asestó sucesivamente dos taconazos en los nudillos del sujeto que pretendía ganar la tierra firme.

Se oyó un chillido de angustia y el hombre volvió a caer al agua. Unos pasos más allá, Sippher se desgañitaba pidiendo auxilio.

Peggy cortó las cuerdas de los tobillos.

—El resto, después; ahora nos interesa escapar de aquí cuanto antes —dijo.

—Muy cierto —convino él.

Aunque con dificultades, porque todavía tenía envaradas las piernas, consiguieron ganar el coche de Peggy. Momentos después, desaparecían de aquel lugar.

* * *

Valley agarró la botella de coñac y puso una generosa ración en el café que Peggy acababa de servirle. Tomó un par de sorbos y exclamó:

—¡Ah, los sencillos placeres de la vida! Cómo se disfruta al volver a vivir, después de haberse sentido uno al borde de la muerte.

—Apostaría algo a que ya te habías despedido de la existencia —sonrió ella.

—Ganarías —respondió Valley—, Pero, en fin, dos personas me han salvado la vida esta noche.

—Una de ellas lo hizo por egoísmo, lo dijo bien claro.

—Sí, pero si no hubiera estado allí, tú no habrías llegado a tiempo.

—No digas eso. Iba a intervenir, cuando aparecieron Sippher y sus monos.

—Ah, estabas cerca...

—Sí. Yo también te seguí después de que te sacaron del Red Seagull

Valley entornó los ojos.

—Eso quiere decir que me has seguido.

—Llamé a tu casa. La señora Port me dijo que ibas a un sitio llamado The Red Seagull.

—Pero yo no le dije nada a ella... Ah, ahora recuerdo; la llamé para decirle que no iba a cenar. Ella dijo que a qué antro iba a ir y yo le contesté que era un lugar perfectamente respetable. Aunque añadí el nombre... Eso daba idea de un restaurante honesto, ¿comprendes?

—Bueno, como sea, llegué a tiempo de ver que sacaban un fardo con la figura de Rick Valley. Por cierto, el tipo era enorme...

—Le llaman el Abominable Hombre de las Nieves. Y lo parece, realmente.

Valley se tocó el lugar donde había recibido el golpe y emitió un gemido de dolor.

—¿Puedes traerme un paño mojado en agua fría? —rogó.

—Claro, ahora mismo.

Valley volvió a tomar otro sorbo de café con coñac y empezó a sentirse mejor. El dolor de cabeza se alejó al contacto con el paño mojado y frío.

—Peggy, mientras viva, considérame tu esclavo —dijo—. Me has salvado la vida y es algo que nunca olvidaré.

—Bueno, he correspondido. Gracias a ti, podré conseguir la fortuna del abuelo.

—Todavía no hemos descifrado la clave...

—A mí me parece que sí —respondió la joven sorprendentemente.

Capítulo IX

PEGGY fue al interior de la casa y volvió a los pocos momentos con las fotocopias de los papeles pautados. Puso el primero encima de la mesa y señaló un punto con el índice.

—Mira esto —dijo—. ¿Qué ves?

Valley estudió el pentagrama unos momentos y luego hizo un signo negativo.

—Nada. Notas, sólo eso —contestó.

Ella le entregó una lupa.

—Fíjate mejor —dijo—. Haz un esfuerzo.

El joven guardó silencio durante unos momentos. Luego levantó la vista hacia ella.

—Veo algunas notas que parecen un tanto borrosas, como si se hubiesen escrito con una tinta algo más clara. ¿No es eso lo que ibas a decirme?

—Sí, exactamente. Pero aquí tenemos sólo las fotocopias. Por tanto, sería preciso examinar los originales.

—Están en casa. Ven mañana.

—Iré, te lo prometo —respondió Peggy.

—Y ahora, dime, ¿qué ves tú en esos defectos de impresión?

—No puedo decir nada todavía. Las notas borrosas no siguen un orden regular y, por supuesto, tampoco el de la escala cromática. A veces hay varias notas juntas, luego se pasan tres o cuatro compases sin ninguna alteración...

—Yo no entiendo de música, pero, me parece, el «re» sigue al «do», por ejemplo.

—Claro. Después viene el «mi»...

—Lo que yo quería decirte es si las notas borrosas, que supuestamente forman parte de la clave, siguen algún orden especial, que no sea precisamente el de la escala tonal.

—No, en absoluto. A un «fa» puede seguir otro «fa» o un «sol» o un «si». En ocasiones hay dos notas iguales juntas, aunque, desde luego, nunca se repiten tres.

Valley se acarició el mentón.

—Vamos a hacer una cosa —dijo—. Tu abuelo habló de notas y números. Asigna un número a cada nota, empezando por el «do», al que corresponderá el uno, y así sucesivamente.

—Entonces, el «si» será el siete, pero ahí acaban las cifras...

—Hazlo con las siete primeras notas —aconsejó Valley.

Peggy empuñó la lupa con la mano izquierda y cogió un lápiz con la derecha.

—Tendremos que prescindir de los sostenidos y bemoles, en tal caso —dijo.

—No hay uno sostenido ni dos bemol —sonrió él—. Sólo dígitos simples.

—Entiendo.

Peggy trabajó durante unos instantes. Luego dijo:

—El resultado es: «Fa, Re, Re, sol, sol, do». Que traducido a números significa: cuatro, dos, dos, cinco, cinco, uno.

—Pero sólo has contado seis notas.

—La siguiente, un «si», viene después de cuatro compases...

—Es el siete. Por tanto, tenemos un número equivalente a cuatro millones, doscientos veinticinco mil, quinientos diecisiete.

—Aún así, faltan algunas notas...

De pronto, Valley arrebató a la muchacha la lupa y el lápiz.

—Creo que deberíamos dejarlo para mañana y descansar un poco. A los dos nos conviene —dijo, sonriendo suavemente.

—Puede que sea una buena idea —suspiró ella.

—Tendrás que prestarme tu coche. El mío quedó en las inmediaciones del local de Wooster. A quien, por cierto, voy a hacer una visita en cuanto me sea posible, para darle las gracias por lo bien que me han tratado.

—No vayas más allí —se estremeció ella.

—Sí, iré, porque Wooster está aliado con Roytter y quiero saber exactamente qué es lo que los une.

Valley se dirigió hacia la puerta y, desde allí, se volvió sonriendo.

—No te quemes más las pestañas y procura dormir —aconsejó, como despedida.

* * *

Sylvia Fulham le llamó al día siguiente.

—Necesito hablar contigo, Rick —manifestó.

—Empieza cuando gustes. Soy todo oídos.

—Lo siento. No te lo puedo decir por teléfono. ¿Me permites que vaya a tu casa?

—Mujer, me fastidia que te molestes por mí...

—Al contrario, lo hago con mucho gusto. ¿Dónde vives?

—Old Pine Road, tres mil cuatrocientos.

Sylvia emitió una interjección.

—No es un barrio proletario, precisamente.

—Hubo un tiempo en que yo vivía en un barrio como el que dices. Las cosas cambiaron después.

—¿Robaste un banco? —rió ella.

—Otros lo robaron por mí. Al menos, eso dicen algunos. Pero son habladurías, Sylvia,

—Sí, cuando uno triunfa, le achacan toda suerte de vicios. Bueno, estaré ató dentro de veinte minutos.

—De acuerdo

Sylvia fue puntual y se sintió atónita al ver la verja que se abría por un mecanismo remoto. Avanzó a lo largo del enorme jardín, en el que se veían algunos árboles centenarios y casi no advirtió al perro que la saludaba con alegres ladridos.

Una mujer de mediana edad la acogió en la entrada.

—Usted es la señorita Fulham —dijo Ann.

—Sí, sí... señora...

—Tenga la bondad de seguirme, señorita —indicó el ama de llaves, con la barbilla muy levantada—. El señor la aguarda en su estudio.

Sylvia se sentía anonadada. Cuando vio el vestíbulo, pensó que la casa se le caía encima. Pisando como si estuviera en una iglesia, avanzó hacia la escalinata que conducía al piso superior.

De pronto, reparó en el retrato de las tres hadas.

—Este hombre tiene protección de seres sobrenaturales —murmuró.

—Sí, son sus hadas protectoras —contestó Ann.

Sylvia abrió la boca ¿Era que, en pleno siglo XX, existían aún las hadas?

Momentos después, entraba en el estudio. Vio un enorme butacón y se sentó, completamente desmadejada.

—Hijo, me siento abrumada —confesó—. Esto es un palacio de ensueño. Te lo han proporcionado las hadas, claro.

Valley sonrió. El ama de llaves, en la puerta, consultó:

—¿Desea algo más, señor?

—No, gracias. Ann; yo atenderé a mi invitada.

La señora Port se retiró. Valley miró a la joven.

—¿Café o algo más fuerte?

—Café, es suficiente. Rick, nunca pude imaginarme que vivieras en un lugar semejante. Creí que esto existía sólo en las películas.

—Bueno, he visto residencias mejores. Pero no has venido aquí para hablar del ambiente en que vivo. ¿Qué sucede, Sylvia?

Ella se enderezó súbitamente. Había temor en sus ojos.

—Rick, han contratado a un asesino profesional para quitarte de en medio —exclamó.

Valley tenía la cafetera en las manos y suspendió un instante la tarea de verter el café en una taza.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió.

—He oído rumores... No me equivoco, no te digo ninguna fantasía. Es cierto, Rick.

—Bien, admitámoslo. ¿Qué me aconsejas, en tal caso?

—Lárgate de la ciudad. Esfúmate durante una temporada, hasta que se pase la tormenta. Pero no te quedes aquí un minuto más de lo necesario.

Valley hizo un gesto negativo.

—Sylvia, se ve que no conoces al hijo de mi madre —contestó, mientras le llevaba la taza llena— Nadie me hará abandonar la ciudad, por mucho que se empeñe en ello.

—Esto no es cosa de juego...

—Lo sé hace cuatro días quisieron echarme al mar, con un lastre atado a los pies. Pero no por ello voy a huir cobardemente.

—Son una gente mala, no se detienen ante nada... ¡vete, Rick, vete!

Valley frunció el ceño. ¿Por qué insistía tanto ella en que abandonase la ciudad?

Una artista de teatro podía oír muchas cosas, dado el ambiente en que se movía, pero no parecía lógico que se hallase enterada de ciertos asuntos que sólo muy pocos debían conocer.

Además, Sylvia, días atrás, había mencionado algo sobre el sentido del olfato, una frase mencionada en el mensaje que le había llegado con una bola de billar.

De pronto, se puso serio.

—Sylvia, me gustaría que fueses sincera conmigo —dijo intencionadamente.

Ella palideció. Valley hizo un gesto.

—Ven, acércate —pidió.

Sylvia pareció sentirse repentinamente amedrentada. Se puso en pie y dio unos cuantos pasos. Valley se dio cuenta del temblor de sus labios.

Repentinamente, se oyó un ruido de cristales rotos. Sylvia exhaló un débil grito, se llevó las manos a la cabeza y cayó desplomada al suelo.

Valley saltó hacia ella. Movié un poco su cabeza y se sintió aterrado al ver la mancha de sangre que había sobre su sien izquierda.

Miró hacia la vidriera. Uno de los cristales tenía un orificio en

forma de estrella y entonces supo la causa de la caída de Sylvia.

* * *

Peggy notó inmediatamente el mal humor del ama de llaves.

—¿Está el señor Valley? —preguntó.

—Sí, arriba, en su estudio. Tiene visita.

—Oh, no lo sabía...

—Es una... Bueno, señorita —dijo Ann—, no me atrevo a calificar a la dama que está con el señor. Tendría que pronunciar un nombre que no ha manchado jamás mis labios, ¿comprende?

Peggy contuvo una sonrisa.

—Sí, desde luego.

—El señor, a veces, trae unos huéspedes absolutamente indescriptibles. Su última hazaña consistió en hospedar a aquel viejo pordiosero...

—Era mi abuelo, señora Port.

—Lo siento, pero creo que no debo callarme. Usted, además, no es culpable de lo que pudiera hacer el señor Endicott. ¡Y qué perro, Señor; qué chucho tan infame!

Ann hizo una pausa para respirar y continuó:

—En una ocasión se trajo a una troupe entera de cómicos. Representaban una función y lo hacían tan mal, que el público quiso lincharlos. Uno de sus números era una imitación de los hermanos Marx... y representaron aquí el número, en la casa... Creí que acabaría en un manicomio, y si no llego a amenazar al señor con despedirme, aún continuarían aquí esos desaprensivos...

—El señor tiene un humor excelente, no se lo reproche, señora Port.

—Por supuesto que no, pero cuando se enteren las hadas...

—Pero ¿usted cree aún en las hadas, señora Port? —se asombró la muchacha.

El ama de llaves no tuvo tiempo de contestar. La voz de Valley sonó potente en el primer piso:

—¡Ann, llame al doctor Beachton inmediatamente! Dígale que es muy urgente; hay una persona en inminente peligro de muerte. ¡Rápido, no se entretenga!

Ann se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío, otro muerto en la casa! —se lamentó.

Peggy echó a correr escaleras arriba, porque había notado en la voz del joven unos tonos de verdadera aprensión. Llegó al estudio y se detuvo en el umbral, petrificada al ver a una mujer tendida en el suelo, con la cabeza ensangrentada.

—¡Rick! ¿Qué ha pasado? ¿Has sido tú?

—No digas tonterías —contestó él de mal humor—. Han disparado contra esta casa y le han dado a ella, eso es todo.

—Pero no hemos oído ninguna detonación.

—Usaron un silenciador. Por lo visto, es su especialidad.

Peggy avanzó unos pasos más y se arrodilló junto a Sylvia.

—No la toques —advirtió él—. Tiene una herida en la cabeza y podría resultar peligroso moverla.

—Entonces... no está muerta...

—No doy un centavo por su vida.

La muchacha se estremeció. Valley estaba en pie, contemplando a Sylvia ceñudamente, con los puños crispados.

—¿Quieres decirme qué ha pasado exactamente? —preguntó Peggy.

—Vino a verme. Dijo que había oído rumores de que había un asesino profesional dispuesto a matarme y me aconsejó que huyera de la ciudad inmediatamente. Yo me negué, por supuesto. Ella intentó acercarse a mí y entonces fue cuando recibió el balazo. Es todo lo que puedo decirte.

Peggy se inclinó un poco más y procuró examinar la herida.

—Rick, trae algo con agua y un paño limpio —dijo—. Voy a procurar restañar la sangre...

—Espera a que llegue el médico —insistió él.

—Haz lo que te digo —ordenó Peggy enérgicamente—. Sospecho que se trata solamente de una rozadura. No veo orificio de entrada del proyectil... y si fuera así, ya estaría muerta.

—¿Pero tú entiendes...?

—¿Por qué te estás parado? —gritó ella con exasperación—. ¿No puedes moverte más aprisa?

Valley echó a correr y regresó a poco con una pequeña palangana, agua y una sábana, así como un paquete de algodón y desinfectante. Peggy se aplicó inmediatamente a limpiar la herida.

—El hueso apenas se ve, pero, a pesar de todo, hay conmoción —dijo—. Cuando se despierte, se sentirá como si se le hubiese caído encima un piano.

—¿Qué sabes tú de heridas, Peggy? —preguntó él, asombrado.

—Tengo dos cursos de enfermera. No me gustó y lo dejé. De todas formas, el médico lo hará mucho mejor. Trae algo para levantarle un poco la cabeza, no mucho, desde luego.

Valley se dio cuenta de que la respiración de Sylvia era bastante regular, lo que le dijo que el diagnóstico de Peggy era acertado. Nervioso, fue a encender un cigarro, pero ella se lo prohibió.

—No fumes aquí, ahora —dijo.

—Perdona, estoy un poco alterado.

—Me pregunto por qué tuvieron que disparar contra ti. ¿Se te ocurre alguna idea, Rick?

—En primer lugar, ya sabes que querían arrojarme al mar. Pero sospecho que el disparo iba dirigido a Sylvia. Cometí una imprudencia al tener descorridas las cortinas. ¡Maldita sea, es la segunda vez que me pasa!

—A ver, explícate. ¿Por qué crees que dispararon contra ella?

—Es bien sencillo. Sin duda, debieron de pensar que yo saldría disparado de la ciudad. Ella no vino aquí por propia iniciativa; pude darme cuenta de ello, Peggy.

—¿Crees que está de acuerdo con ellos?

—No, más bien pienso que la forzaron a venir aquí, mediante amenazas que ella no pudo resistir. Naturalmente, luego les interesaba que no hablase.

—Y por eso intentaron asesinarla.

—Es lo que creo firmemente —respondió él—. Pero también pienso que lo del asesino profesional puede ser cierto. Quizá pensaron que yo saldría de casa a todo correr y había un tipo aguardándome fuera. No lo sé; de todos modos, tendremos que aguardar a que Sylvia esté en condiciones de hablar para conocer la verdad. Y, a propósito —se extrañó Valley—, ¿qué demonios haces en mi casa?

—Vine a decirte algo importante. Creo que he descifrado la clave.

—Vaya, sí que es una buena noticia.

«Kim» ladró de pronto en el vestíbulo. Una voz de hombre sonó en la entrada.

—Otro muerto en la casa, ¿eh? —dijo el doctor Beachton sarcásticamente—, Pero ¿es que ese muchacho no sabe traer personas vivas aquí, señora Port?

Valley miró a la muchacha y sonrió.

—Ya está ahí el matasanos —dijo—. Pronto tendremos noticias sobre el futuro de Sylvia.

Capítulo X

EL doctor Beachton salió de la habitación, cerró la puerta y miró sucesivamente a las dos personas que aguardaban en el corredor. El perro le contemplaba a su vez atentamente, sentado sobre sus cuartos traseros.

—La paciente está bien y ha recobrado el conocimiento, pero le he dado un sedante, para que duerma varias horas. Tiene que permanecer veinticuatro horas en cama, por lo menos. Yo volveré mañana a la hora del desayuno. Esa chica, la señorita Oppelt, ha sido enfermera y se ha comprometido a cuidarla durante la noche.

—¿Saldrá adelante, doctor? —preguntó Valley.

—Sin duda alguna, aunque un día tendrá que hacerse un trasplante de cabello, si quiere ocultar la cicatriz. Es una mujer con suerte; medio centímetro más y le habrían saltado la tapa de los sesos.

—¿Qué puedo hacer yo, doctor? —se ofreció el ama de llaves.

—Pero ahora, nada, salvo llevar algo de comida a la enfermera improvisada. Está sin cenar y no conviene que pase una noche en vela con el estómago vacío.

—Sí, doctor.

—Por la mañana, tenga algo de caldo preparado para darle a la paciente. La señorita Oppelt tiene mis instrucciones para atenderla, eso es todo. Ah, Rick, ahora yo tendré que redactar un informe a la policía, para dar cuenta de lo ocurrido.

—¿Cómo? ¿Me va a denunciar? —exclamó Valley.

—Tú no has disparado contra esa mujer...

—Doctor, temo que se equivoca. Esa mujer y yo discutimos. Es muy celosa y quiso pegarme. Yo la empujé y ella, al caer, se golpeó con el borde de la mesa. Un «accidente doméstico», comprende.

Beachton miró fijamente al joven.

—El atacante usó silenciador, creo.

—Y no se ha oído ningún disparo. ¿Lo oyó usted, Ann?

—No, señor —contestó la interpelada.

Beachton hizo un gesto con la cabeza.

—Por suerte, no habrá complicaciones. De otro modo, no podría a hacer lo que me pides, muchacho.

—Gracias, doctor. Le acompañaré hasta la puerta.

Valley volvió luego al primer piso y abrió suavemente la puerta

del dormitorio donde descansaba Sylvia. Desde el umbral, la vio en la cama, profundamente dormida, con la cabeza vendada.

Peggy estaba asentada a su lado y volvió la vista. Valley le hizo señas de que se acercase. La joven se levantó inmediatamente.

—No molestes, Rick —susurró.

—Perdona, es sólo un instante. He subido a decirte que me marcho. No sé cuándo regresaré.

Peggy arqueó las cejas.

—¿Adónde vas? —exclamó.

—Te lo contaré a mi regreso, hasta la vista.

Ella se quedó con la boca abierta y no supo qué decir. Cuando reaccionó, Valley descendía ya la escalera, saltando los peldaños de cuatro en cuatro. Abrió la puerta y desapareció en la noche.

Peggy se sintió muy aprensiva. Valley debía de estar terriblemente furiosa por lo que había sucedido. Alguien, seguramente, recibiría aquella misma noche muestras de su cólera.

Tendría que esperar a su vuelta, para conocer lo sucedido.

«Lo que tiene que suceder aún», se rectificó a sí misma, sin poder contener un escalofrío.

* * *

Llegó a las inmediaciones de la casa y se apostó en un lugar donde pudiera observar la mayor parte de los detalles. Vio luces en las ventanas de la planta baja, pero había cortinas y no pudo captar más que un par de siluetas que se movían en el interior de la casa.

El edificio estaba rodeado por un jardín, con una tapia no muy alta, rematada por agudos pinchos de metal. Valley agarró dos de ellos y se izó a pulso, muy lentamente, seguro de que el menor tallo podía representar la muerte entre atroces sufrimientos.

El espacio entre cada aguja permitía poner los pies. Valley colocó uno tras otro y luego, siempre con gran lentitud, consiguió izarse, hasta quedar erguido sobre el borde. Entonces, saltó al otro lado.

Flexionó las rodillas al tocar el suelo herboso, sin el menor ruido. Luego avanzó hacia la casa.

Se acercó a una de las ventanas. Había una rendija entre las cortinas y pudo ver a una pareja, hombre y mujer, ella bastante guapa y de unos treinta y cinco años. Reconoció al hombre de inmediato; era Kertin, el sujeto que le había invitado a subir días atrás al coche de Sippher.

Con gran cuidado, levantó el bastidor. Entonces oyó la voz de la mujer.

—No seas ansioso, Kertin... ¿es que no puedes aguardar siquiera una hora?

—Estoy que exploto —dijo él—. Me siento como un adolescente. Ella rió burlonamente.

—Ya tienes años, Kertin.

—Hay más motivos y tú lo sabes. Empiezo a perder la paciencia, Hussy.

—¿No puedes aguardar siquiera una hora? Él está en su despacho. Cuando vaya a su habitación, tomará su habitual vaso de leche. Le he puesto una dosis de sedante capaz de dormir a un caballo. Cuando despierte, tú y yo habremos alzado el vuelo...

—Sí, pero antes... Tú me entiendes, ¿verdad?

Valley ocultó una sonrisa. De modo que aquellos dos se entendían a espaldas de Sippher, se dijo. Era el clásico episodio del marido engañado y además, despojado de su dinero.

Bien mirado, Sippher se lo tenía muy merecido. De todos modos, le interesaba que no tomase el sedante.

La mujer y Kertin desaparecieron. Entonces, Valley, audazmente, penetró en la casa.

Atravesó el comedor y se asomó al vestíbulo. Estaba desierto en aquellos instantes. El silencio era absoluto.

Miró hacia arriba. Tenía que encontrar el dormitorio de Sippher... A la derecha, divisó una puerta que juzgó daba a su despacho privado. De puntillas, cruzó el vestíbulo rápidamente y emprendió la ascensión.

A la segunda puerta que abrió, divisó un vaso de leche encima de la mesita de noche. Respiró aliviado, al ver que había acertado. Entró, cerró la puerta y se dispuso a esperar.

* * *

Sippher entró, resoplando ruidosamente, se quitó la chaqueta y el chaleco, que lanzó sobre una silla, y luego se acercó a la mesilla de noche. Cuando ya tocaba el vaso de leche, oyó una voz a sus espaldas:

—No la beba. Contiene un potente somnífero.

El sujeto se volvió con rapidez. Atónito, vio a Valley sentado en un butacón, a unos pasos de distancia.

—¿Qué diablos hace aquí? ¿Cómo ha conseguido entrar en mi casa?

—Eso no importa ahora. He venido, simplemente, porque quería devolverle la fineza que tuvo hoy conmigo, cuando hizo que uno de sus esbirros disparase contra mí, en mi propia casa. Pero, al llegar, he visto algo que me ha hecho cambiar de opinión.

—No entiendo nada. ¿Por qué no se explica mejor? ¿Quién le ha dicho que yo he ordenado disparar contra usted?

—Han herido a una persona que estaba hablando conmigo. El asesino usó silenciador, como Kertin y su compañero, el día en que se cargaron a Dolph en el muelle.

—Admito que mis hombres disparasen contra Dolph. Usted, además, lo vio, de modo que no tengo por qué negarlo. Pero rechazo absolutamente cualquier acusación sobre lo que le haya podido suceder esta noche.

—Creo que es sincero —dijo el joven—. De todos modos, no pensaba tomar represalias, después de lo que he llegado a saber. Pero, favor por favor, quiero que me diga en qué consiste el tesoro de Endicott. Y una cosa, olvídense de él, sea lo que sea, porque tiene un legítimo propietario; su nieta.

Sippher dijo algo entre dientes. Luego alzó la voz:

—Creo que tiene razón. No vale la pena arriesgarse por algo que no es lo que todos suponemos.

Valley aguzó el oído al escuchar aquellas palabras.

—¿No... es un tesoro?

—Hombre, según se mire... Y, en ciertas condiciones, se puede obtener mucho dinero, aunque no de una forma inmediata, sino más bien gradualmente y, sobre todo, sin prisas. De todos modos, con los años que han pasado, ya se ha debido de recaudar una gran suma.

—Por favor, explíquese —rogó el joven.

Sippher habló durante unos momentos. Cuando terminó, Valley se echó a reír.

—Nunca se me hubiera ocurrido —confesó—. Quién lo iba a pensar... En fin, voy a devolverle el favor.

—Hable —pidió Sippher ávidamente.

—Supongo que el azúcar debe de enmascarar el sabor amargo del sedante. Pero quien lo puso en la leche, aseguró que podría dormir a un caballo. Siento mucho defraudarle, pero su esposa le engaña con Kertin.

Los ojos del sujeto se abrieron desmesuradamente.

—Mi espo... Kertin...

—Lo he oído y les he visto abrazarse y besarse desvergonzadamente. No es una invención mía; si no me cree, bébase la leche. O, mejor, simule que se la ha bebido y luego vaya a ver lo que sucede. ¿Sabe que se van a marchar esta noche?

—Lo han dicho, ¿eh?

—Sí, señor, y le aseguro que es la pura verdad. No trato de provocar confusión en usted, créame.

Sippher fue al chaleco, que estaba encima de la cama, y sacó un

manejo de llaves.

—Son las de la caja fuerte —murmuró

—¿Tiene dinero en ella?

—Bastante. Y algunos valores y también un saquito con piedras preciosas. Suelo traficar con brillantes en ocasiones.

—Entonces, ya sabe lo que debe hacer.

Valley se puso en pie.

—Agradezco sus informes —añadió—. Por favor, no vuelva a cruzarse en mi camino.

—Usted y yo hemos terminado para siempre. En cuanto a esos dos... —dijo el sujeto rabiosamente

—Voy a darle un consejo: deje que se vayan, pero con las manos vacías. No merece la pena que cometa una barbaridad por quien no ha sabido ser fiel con usted.

Sippher alzó la cabeza vivamente.

—Hussy Foran no era mi esposa aún. Vivimos juntos desde hace bastante tiempo y yo empezaba a pensar en regularizar nuestra situación. Después de lo que usted me ha dicho, ¡pueden irse los dos al infierno!

Valley sonrió.

—Tenga cuidado —aconsejó—. Usted era hasta ahora el engañado, pero en estos momentos, son ellos los que están perdiendo. Puede resultarle peligroso.

—Seré precavido, descuide.

Valley se asomó a la puerta y vio el vestíbulo desnudo. Con grandes precauciones, logró salir sin ser visto y emprendió el regreso a su casa.

Media hora más tarde, dos cabezas se asomaron al dormitorio. La mujer sonrió satisfecha.

—Duerme como un angelito —murmuró.

—No podía ser por menos —dijo Kertin—. Bueno, manos a la obra... Quiero decir... Tú ya me entiendes, ¿verdad?

—Kertin, creo que no deberíamos perder tiempo...

El hombre, cegado por la pasión, empujó a Hussy al corredor.

—Tenemos tiempo toda la noche —dijo ardorosamente.

Un par de horas más tarde, descendieron al despacho. Kertin abrió la caja fuerte con las llaves que había sustraído de las ropas de Sippher.

Hussy lanzó un grito de rabia. Kertin emitió una obscena interjección.

—Parece ser que la cosa no ha resultado como esperaban, ¿verdad? —sonó la voz burlona de Sippher desde el otro lado de la

estancia.

Kertin y Hussy se volvieron en el acto. En la penumbra, Sippher sonreía burlonamente, con una pistola de pequeño calibre en su mano derecha.

—Kertin, saca el arma con todo cuidado y déjala en el suelo. La caja está abierta, tus huellas han quedado impresas y si tengo que matarte, diré que hice fuego contra un ladrón que pretendía robarme lo que ya está a buen recaudo, ¿comprendes?

El pistolero obedeció, temblando de rabia, pero sabiéndose impotente para resistirse. La pistola quedó en el suelo, al pie de la caja fuerte.

Sippher movió su mano armada.

—Y ahora, andando los dos —dijo.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó ella, temblando de miedo.

—¡A la calle!

—Tengo que recoger mis cosas.

—Por contenta puedes darte que te deje marchar con lo puesto. Kertin, sal pronto de aquí con esa maldita zorra o no respondo de mí. ¡Fuera, fuera!

Kertin y la mujer salieron, trompicando. Hussy sollozaba amargamente. Pero todavía le aguardaba una prueba más dura.

Cuando estuvieron fuera de la casa, Kertin echó a andar con paso rápido.

—Espérame... —rogó ella.

—¡Vete al infierno! Sin dinero, no representas nada para mí, ¿lo entiendes?

En la casa, Sippher, satisfecho, encendió un cigarro. Tenía que agradecerle a Valley los informes suministrados. Gracias a él, se había librado de un grave compromiso. Era un buen muchacho, decidido.

Capítulo XI

EL doctor Beachton salió del dormitorio y dirigió una sonrisa al dueño de la casa.

—Se recupera satisfactoriamente. Mañana podrá levantarse. Dentro de un par de días estará en condiciones de salir a la calle, prácticamente restablecida.

—Gracias, doctor. ¿Puedo hablar con ella?

—No alargues mucho la entrevista, Rick.

—Me bastarán un par de minutos, gracias.

Valley entró en el dormitorio. Sylvia le dirigió una pálida sonrisa desde su lecho. Peggy se levantó al ver al joven.

—Les dejo solos...

Valley extendió una mano.

—No es necesario —dijo—. Quédate, Peggy; a decir verdad te conviene escuchar a Sylvia.

—No sé qué decirte... —manifestó la aludida—. Me obligaron.

—Lo sospeché —dijo el joven—. Y no fue Sippheer, como yo había creído en un principio.

—Wooster —dijo Sylvia.

—Sí, seguro. ¿Qué te hicieron?

—Llevaron a un hombre horrible... Parecía un monstruo... A veces pienso que lo habrían maquillado...

—No es un disfraz. El Abominable es tal como lo viste, Sylvia.

—Era algo horroroso. Dijeron que lo iban a dejar a solas conmigo un par de horas... Me entró un pánico horrible, créeme.

—No lo dudo. Por eso viniste aquí, a conseguir que me marchase de casa inmediatamente.

—Sí, es cierto.

—Sin embargo, no esperabas que intentasen matarme.

—No podía sospecharlo. Pensé que me dejarían en paz.

—No les convenía que hablases más adelante. En fin, no te preocupes; muy pronto quedarás libre de esa pesadilla, Sylvia. Sin embargo, me gustaría saber si es cierto que contrataron a un asesino profesional para darme muerte.

—Al menos, me ordenaron que te lo dijera, Rick.

—Puede que sea como dices. De todos modos, gracias. No quiero

molestarte más; te conviene seguir descansando.

Valley se separó de la cama.

—¿Peggy? —llamó.

La chica le siguió hasta el corredor.

—Te dije que había descifrado la clave —sonrió.

—Y yo sé en qué consiste el tesoro —dijo él.

—¡No! —exclamó Peggy.

—Sí, lo sé. Y puesto que tú conoces la clave y yo sé en qué consiste ese tesoro, podemos permitirnos el lujo de aguardar un poco, antes de contemplarlo con nuestros propios ojos.

—Si tú lo dices... Pero yo me muero de curiosidad, por saber qué es.

—Por el momento, es preferible que lo ignores. Una cosa es segura: no esperes un cofre repleto de joyas y monedas de oro.

—El abuelo no fue un pirata, Rick.

—Otros lo fueron o intentaron serlo con él. Y todavía no han desistido de conseguir ese tesoro. Bueno, sigue cuidando a Sylvia; en medio de todo, es buena chica y me ha hecho más de un favor. Además, es la hija de la amiga de tu abuelo.

—El abuelo tenía unas amistades más bien extrañas —comentó Peggy.

—No le hagas reproches. Primero, no puede defenderse, y segundo, cada persona es un pequeño mundo y es preciso ser comprensivo con las flaquezas de los demás.

Ella sonrió.

—Eres un tipo magnífico, Rick —dijo—. Seguramente, muchas cosas de las que haces, se las debes a tus hadas protectoras.

—Algo hay de eso —convino él—. Pronto las conocerás. Peggy.

—Pero ¿es que existen realmente? —se asombró la muchacha.

—Desde que tengo uso de razón, he estado siempre protegido en esta casa por esas hadas benéficas —dijo él, muy serio.

—Bueno, supongo que un hombre es libre de creer en hadas... Debemos respetar las creencias de los demás y no burlarnos de ellos cuando dicen estar seguros de una cosa, aunque sea fantástica.

—Ahora soy yo el que dice que eres una chica encantadora. ¿Tienes novio?

—No, Rick.

—Pronto lo tendrás. Pero antes...

Valley endureció el gesto.

—Al tipo que tuvo la ocurrencia de soltar al Abominable para dar miedo a Sylvia, le voy a pegar yo un susto que no lo olvidará en su vida —dijo rabiosamente.

La misma barmaid de la ocasión anterior volvió a atenderle y, por segunda vez. Valley metió en su escote un rollito con un par de billetes.

—Deberías venir a diario —sonrió ella.

—También a mí me gustaría. ¿Está la fiera?

—En su puesto. El otro día organizaste una buena. ¿Dónde te fuiste después? Estuve aguardándote, pero no te vi salir...

—Me marché por la puerta trasera. ¿De veras me aguardabas?

—Tenía curiosidad por saber cómo habías podido derrotar al Abominable. ¿Te aguardo esta noche?

—¿Quieres oír mis explicaciones?

—Me encantaría, aunque no aquí, claro.

Valley escrutó unos instantes a la barmaid. Era guapa, de cuerpo exuberante y mirada maliciosa. La belleza resultaba un tanto basta, pero su sonrisa era muy acogedora.

—Procuraré venir —dijo al cabo.

—También yo tengo que darte explicaciones.

—¿De qué? —se asombró Valley.

Ella le guiñó un ojo.

—Vuelve y lo sabrás —repuso—. Ah, y buena suerte.

El joven asintió y buscó el camino que conducía al despacho de Wooster. El gigante estaba en la puerta y lanzó un gruñido al verle.

—Déjame pasar, Jack —pidió Valley correctamente—. No quiero nada contigo.

—Te voy a destrozar... —dijo el otro, a la vez que alargaba sus manazas hacia el joven.

Entonces, Valley, sin inmutarse, sacó una varilla de acero, de unos cuarenta centímetros de longitud, y golpeó despiadadamente aquellos enormes nudillos. Antes de que el hombrón se recuperase, le dio otro golpe en el puente de la nariz. Luego, con la mano izquierda, tiró de él y lo apartó a un lado.

—Vine en son de paz —dijo.

Entró en el despacho. Había una mesa nueva y Wooster se sintió enormemente sorprendido al reconocer a su visitante

—¡Usted! —exclamó.

—Aquí me tiene —sonrió el joven—. Usted quiso enviarme al fondo de la bahía, pero el que acabó en el cieno fue Dolph. Supongo que está enterado, claro.

Wooster, muy pálido, hizo un gesto de asentimiento.

—Lo sé, pero yo no...

—vamos, no me diga que no fue usted quien ordenó lanzarme al mar. Lo escuché perfectamente.

—Tuve que hacerlo. El me obligó.

—¿Roytter?

—Sí. —Wooster hizo un ademán, a la vez que sonreía amargamente—. Todo esto es suyo. Si ahora me despidiera, yo me quedaría en la calle con lo puesto.

—No se puede decir que haya progresado usted en esta vida. Dígame, ¿a qué se dedica Roytter?

—A todo lo que puede proporcionarle un dólar de beneficio. Cualquier cosa que dé ganancias, merece su atención.

—Y no le importan los medios.

Wooster emitió una interjección en voz baja.

—Mire, yo levanté este negocio y él se lo quedó con malas artes. Podía ser mío... No diré que soy un santo, pero jamás me había mezclado en asesinatos...

—Empiezo a creerle. Quizá por eso mismo pueda decirle qué motivos había para liquidar a Tudd.

—No querían que hablase con usted. Pero llegaron tarde.

—No lo quería Roytter supongo.

—Desde luego.

—Y fue él quien amedrentó a Sylvia Fulham.

—Jack Salmson, bueno, el Abominable, está aquí más para vigilarme que para cuidar de mis intereses. Si le ordeno echar a un alborotador, lo hará, pero obedece a Roytter. El negocio marcha muy bien y da buenos beneficios. Salmson está aquí para controlar el asunto. Es menos tonto de lo que parece, ¿comprende?

—Quién lo hubiera dicho —murmuró el joven—. ¿Sabe quién disparó contra Sylvia?

—Tendría que preguntárselo a Roytter. Algunos de sus secuaces son completamente desconocidos para mí. La mayor parte de las ocasiones, yo tengo que hacer todas las tareas sucias. Si pudiera deshacerme de ese maldito Roytter...

—¿Qué haría en tal caso?

—En primer lugar, una «limpieza» del negocio. Echaría a algunos tipos que no me gustan. Luego... Bueno, ¿para qué mezclarse en asuntos sucios, cuando aquí se gana el dinero suficiente para no hacer nada ilegal?

—Deshacerse de Roytter no será fácil, a menos que se tengan pruebas contra él.

—Es muy astuto...

—Bien, deje eso de mi cuenta. Pero si quiere conseguir sus propósitos, sólo tiene que hacer una cosa.

—Dígame y veré si puedo —contestó Wooster.

—¿Qué sabe usted de la fortuna de Endicott?

—Hablando claramente, no creo demasiado en eso. Puede ser que exista, pero si Roytter no me hubiera presionado, yo no habría movido un dedo para conseguir algo que sólo debía de existir en la imaginación de aquel viejo chiflado.

—No es algo imaginario, aunque tampoco el tesoro que suponen muchos. Es más, sabemos dónde está. Puede decírselo así a Roytter.

Los ojos del sujeto se entornaron.

—Interesante —comentó.

—Puede serlo. Haga lo que le digo... pero mañana, a partir del mediodía. Si se lo dijera ahora, podría actuar esta noche y no me conviene.

—Conforme.

—No le tengo ninguna simpatía, Ferd, pero, al menos, ha sido sincero conmigo. Espero no volver a verle más. A propósito, ¿cómo se llama la chica que atiende a la barra?

—Daisy...

—Envíe una sustituta. Me la llevo... claro que sólo por esta noche.

—Sí, sí... señor...

Valley se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y sonrió.

—A propósito, no le he dicho aún que Sylvia está viva.

Wooster dejó escapar un largo suspiro.

—No sabe cuánto me alegro... Pero procure protegerla; Roytter intentará completar la obra, usted ya me entiende, ¿verdad?

—Descuide.

Cuando abrió, el Abominable le dirigió una feroz mirada. Valley le enseñó la varilla de acero.

El gigante retrocedió.

—Ya me tomaré el desquite —gruñó.

—Procura no encontrarte más conmigo. He sido blando en dos ocasiones. No des lugar a que se produzca el tercer encuentro —contestó Valley sin amilanarse.

Llegó al bar y miró a la camarera.

—Ve a cambiarte. Nos vamos —ordenó.

Daisy sonrió.

—Casi me parece un sueño —dijo, a la vez que se quitaba el delantal y la cofia—. Estaré lista en menos de diez minutos —prometió.

Un cuarto de hora, Valley abrió la portezuela de su coche. Daisy se acomodó junto a él. Mientras rodaban, el joven empezó a hablar:

—Tenemos que darnos mutuas explicaciones sobre asuntos de interés común —dijo—. Ya sabes a qué me refiero, ¿verdad?

—Esas explicaciones, a veces, no necesitan de palabras —respondió ella maliciosamente.

—Lo sé. Pero, además, necesito informes. Quiero contratar un empleado por esta noche.

—¿Un empleado? No entiendo...

Valley se lo explicó. Daisy se quedó pensativa durante unos momentos y luego dijo:

—Creo que conozco al hombre, Rick.

—Muy bien, ahora, cuando lleguemos a tu apartamento, lo llamas y le dices que acuda con toda urgencia. Dile que puede ganarse una bonita suma... de la que habrá una parte para ti, naturalmente. ¿Entendido?

—Con tal de que no haya que causar daño a nadie...

—Ningún inocente resultará perjudicado, ya lo verás —aseguró él rotundamente.

Capítulo XII

LA señora Port torció el gesto cuando vio a la mujer que deseaba visitar a Valley.

—Señor, señor... qué clase de personas vienen a esta casa de un tiempo a esta parte... —clamó.

Valley acudió momentos más tarde. Daisy le entregó una bolsa de lona, que parecía repleta de papeles.

—Lo consiguió —dijo, con ojos muy brillantes—. Aquí está toda la documentación que había en la caja fuerte.

—¿Mucho dinero?

Daisy le guiñó un ojo.

—El experto y yo hemos repartido doce mil cada uno —contestó.

—No está mal. Daisy, gracias. Tendrás que dispensarme...

—Claro. Me siento encantada de haberte conocido, Rick.

—Digo lo mismo, encanto.

—Ven algún día a verme... a mi apartamento. Creo que dejaré el empleo por una temporada.

Daisy se marchó. Peggy apareció instantes más tarde.

—¿Qué hay en esa bolsa? —preguntó.

—Todos los documentos particulares de Roytter. Un... amigo le ha vaciado la caja fuerte y yo tengo ahora sus papeles. Debe de haber documentos sumamente comprometedores...

—Su reacción será muy peligrosa —advirtió ella.

—Sí, me lo imagino. ¿Cómo sigue Sylvia?

—Mañana se marchará. La señora Port lo está deseando.

—¿Y tú?

Peggy hizo una mueca.

—Lo mismo me da —contestó desabridamente.

—No es la respuesta que yo esperaba, aunque, quizá, me había hecho falsas ilusiones.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la joven.

—Peggy, hay algo que nunca he podido saber. ¿Cómo pudo tu abuelo abandonar la fama y los honores de que disfrutaba? ¿Por qué se dejó derrotar de semejante manera?

—Era muy orgulloso. Además, sufrió un golpe terrible y ello le hizo sentir una total indiferencia absoluta hacia todo y hacia todos. La

abuela le abandonó a los cincuenta años, para fugarse con un discípulo que apenas pasaba de los veinte. Fue un choque terrible para él, puesto que la amaba con la pasión de los años jóvenes. Lo peor de todo es que, a la semana siguiente, la abuela y su amante se mataron en un accidente de automóvil. Entonces, él perdió todo interés en la vida... y no quiso siquiera que le ayudásemos...

—Lo siento —murmuró Valley.

—En los últimos años, empezó a ser acosado por ciertas personas. No quena que se aprovecharan de su esfuerzo y decidió poner su... fortuna a buen recaudo, bajo la clave que ya conoces.

—Tu vida cambiará a partir de ahora, Peggy.

—¿Lo crees así?

—Depende de ti, en gran parte, claro.

Ella sonrió ligeramente.

—¿Dejamos este asunto para más tarde?

—Lo discutiremos mañana. O quizá hoy mismo.

—Esperas a Roytter —adivinó ella.

—Sí, lo espero —confirmó Valley.

* * *

«Kim» ladró de repente y Valley presintió la inminencia de la llegada de Roytter. Para evitar que el perro les molestara, lo encerró en una habitación. Luego fue al vestíbulo.

Ann, debidamente instruida, hizo pasar al visitante. Roytter no venía solo.

Un hombre, de rostro fúnebre, era su acompañante. Valley les hizo pasar a la biblioteca.

—Voy a ser breve —manifestó—. Tenemos la clave y sabemos dónde está la fortuna de Endicott. ¿Quiere que se lo explique, Roytter?

—Se lo agradeceré —dijo el visitante con sequedad.

—La clave estaba en la partitura, en donde había algunas notas escritas con tinta algo más clara. Cada nota tenía un guarismo asignado. El orden de las notas señalaba asimismo el orden de cada cifra y el total componían el número de la caja de alquiler de un banco, en el cual están depositados los documentos que le acreditaban como propietario de todas sus composiciones musicales. Durante casi un cuarto de siglo, esas composiciones han sido devengando derechos de autor en todo el mundo. No es una música que se imponga fulgurantemente, como algunas piezas modernas, pero se sigue interpretando por las mejores orquestas y los mejores solistas mundiales. Hay una pieza, en especial, que se ha hecho universalmente célebre, la Sonata de la furia. Usted la habrá oído en

alguna ocasión, supongo.

Roytter asintió.

—Sí, desde luego —dijo.

—Todos ustedes creyeron en un cofre lleno de billetes o algo por el estilo, y no es así. Endicott hablaba siempre de su fortuna... y su fortuna era el pentagrama. ¿Lo entiende ahora?

—Entonces, ¿he trabajado tanto en vano?

—¿Llama trabajar a ordenar asesinatos y fechorías sin cuento? —se indignó el joven—. Ese hombre que tiene al lado, ¿es un honrado trabajador o un asesino a sueldo?

—Es el hombre que va a dejarle a usted listo para el cementerio.

—Muy bien, ordénele que dispare. Quizá pueda justificar su acción, pero no se crea por eso que saldrá bien librado. ¿No se ha dado cuenta de que su caja fuerte está vacía?

El rostro de Roytter se congestionó.

—¡Ha sido usted! —aulló.

—Un amigo mío, pero es lo mismo. Dean, todos los documentos que había en esa caja, han sido enviados ya a la policía.

Hubo un momento de silencio. Luego, Valley agregó:

—Y la he avisado para que vengan a proteger esta casa.

El sujeto cobró miedo.

—¡Vámonos! —gritó.

Repentinamente, se oyó un terrible estruendo en el primer piso. Luego sonaron voces de mujer, que evidenciaban un terrible pánico.

Valley empujó brutalmente a los dos hombres y corrió escaleras arriba. Cuando llegó al corredor, presencié una escena indescriptible.

El Abominable había entrado en la casa, seguramente detrás de su jefe, pensó, y ahora, como un hombre de la Edad de Piedra, portaba a las dos mujeres una bajo cada brazo. Estaba saliendo del dormitorio hacia atrás, debido a su postura, y todavía no le había visto.

Valley retrocedió hasta su estudio. Tenía que hacer algo, se dijo, desesperado.

De pronto, vio la lanza en cuyo hueco había escondido la partitura original de la Sonata de la furia.

De un seco golpe, separó las dos mitades y se quedó con la que terminaba en punta. Cuando salió del estudio, Salmson estaba ya a la mitad de la escalera.

—Me las llevo, jefe —dijo.

—Servirán de rehenes —aprobó Roytter.

Entonces, la lanza partió disparada desde arriba y se hundió profundamente en el hombro derecho del gigante.

Se oyó un aullido espantoso. El Abominable soltó a las dos

mujeres y éstas cayeron rodando aparatosamente por la escalera. Salmson hacía esfuerzos desesperados para arrancarse la lanza, hincada profundamente en su espalda.

El pistolero de Roytter sacó el arma. Valley divisó el largo tubo del silenciador.

El cañón apuntó a Sylvia, que había quedado sentada en la escalera.

—Te escapaste en la otra ocasión, pero ahora no fallaré —dijo el asesino.

Valley miró desesperadamente a su alrededor. Junto a la pared, sobre un pedestal de mármol, se veía un busto de Lincoln, de tamaño algo inferior al natural.

En aquella casa había quien apreciaba extraordinariamente el busto, pero no tenía elección. Agarrándolo con una mano, volvió junto a la barandilla.

Sylvia estaba helada de miedo, incapaz de hacer el menor movimiento para escapar a la muerte que estimaba irremediable. El pistolero parecía gozarse con su pánico.

El busto descendió volando de las alturas y alcanzó de lleno el rostro del asesino. Se oyó un terrible crujido de huesos.

El asesino cayó fulminado, de espaldas. Al chocar contra el suelo, su mano sufrió una sacudida y el arma se disparó.

Roytter lanzó un agudísimo chillido y se encogió sobre sí mismo, con las dos manos en el vientre. Luego, poco a poco, dobló las rodillas y se inclinó hacia adelante, apoyando la frente en el suelo, a la vez que se quejaba sordamente.

Salmson seguía gruñendo, pero, incapaz de arrancarse la lanza, estaba sentado en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas y pidiendo un médico con frases apenas inteligibles. En aquel instante, apareció la señora Port y contempló la escena con ojos reprobadores.

Peggy empezó a reaccionar y se puso en pie.

—Señorita —dijo Ann—, si piensa quedarse a vivir en esta casa, ya puede prepararse a ver cosas raras casi cada día.

Valley miró a la muchacha y sonrió.

—Ya has oído a la señora Port, Peggy.

—Antes habrá que hacer limpieza general —exclamó Ann—, Señor, ¿por qué no les dice a sus amigos que cesen ya en la comedia?

En aquel instante, Roytter se inclinó de costado y quedó inmóvil. Valley se acercó al sujeto, se inclinó hacia él y tomó su pulso.

Meneó la cabeza. El pistolero respiraba dificultosamente, estaba en las últimas, pensó.

—Ann, esta vez se equivoca usted. No era ninguna comedia —dijo gravemente.

El ama de llaves comprendió y, lanzando un grito, se desplomó al suelo sin conocimiento.

—Ya lo atenderé —dijo Peggy.

—Sí, desde luego. Sylvia, ¿te sientes bien?

—Me parece que acabo de nacer... —contestó la aludida, aún sentada en la escalera.

Valley sonrió.

—Es como si empezases una vida —dijo.

Y luego pensó que él y Peggy también iban a dar comienzo a una nueva existencia

* * *

La casa se llenó repentinamente de voces y risas estruendosas. Valley oyó el ruido y se asomó a la barandilla del primer piso.

—¡Ya habéis llegado! —exclamó.

Abajo se oyeron gritos de alegría.

—Muchacho, qué ganas teníamos de verte... —dijo una de las recién llegadas.

Valley sonrió.

—Yo también tenía ganas de ver a mis hadas protectoras —dijo.

Corrió escaleras abajo y abrazó y besó sucesivamente a las tres mujeres que acababan de llegar. Rondaban ya los sesenta años, pero se mantenían en buen estado y ninguna de ellas había querido ocultar sus canas.

—Pero ¿qué guapo estás, sobrino! —dijo una de ellas.

—¿A qué se debe ese cambio? —preguntó otra.

—¡A ti te ha pasado algo! —exclamó la tercera.

—Así es, me ha pasado algo y...

Peggy apareció de pronto en el primer piso.

—¡Las hadas! —exclamó.

—¿Quién es esa chica? —preguntó una de las recién llegadas.

—Nos casamos ayer —dijo Valley—. Fue una ceremonia sencilla... Peggy, te presento a mis tías Georgina, Clementina y Emmelina.

—Luego existen las hadas —sonrió la muchacha.

—Tía Georgina es el hada de la Fortuna; Clementina, la de la Salud y Emmelina la del Amor —explicó Valley—. Así las llamo desde que era pequeño. Mi madre, su hermana, murió cuando yo era un niño y ellas cuidaron de mí y me hicieron un hombre.

—Nos sentimos orgullosas de él. Es todo un sabio, un historiador que algún día será célebre... —dijo Clementina.

Peggy empezó a descender la escalera.

—No saben cuánto celebro conocerlas —dijo—. También yo las querré mucho, señoras.

—Tienes que llamarnos de la misma forma que lo hace Rick —indicó Georgina

Valley pasó un brazo por los hombros de la muchacha.

—Ellas son las dueñas de la casa —manifestó—. Aquí yo soy solamente un huésped.

—Pero permanente —dijo Emmelina.

—Lo mismo que tú, querida —añadió Clementina—. No nos gustaría que os marchaseis a vivir en otro sitio.

Peggy volvió los ojos hacia su esposo.

—Yo haré lo que él diga —contestó.

—Nos quedaremos aquí —decidió el joven—. A propósito, queridas tías, y por si no lo sabías, Peggy es nieta del gran Ralph Endicott.

—¡Endicott! —exclamó Emmelina—. En mis tiempos, aquel bribón intentó seducirme...

—¡Emmelina, qué lenguaje! —se escandalizó Georgina.

—No te hagas la mojigata. Tú me lo robaste...

—Iba a casarse conmigo —suspiró Clementina.

—Vaya, por lo visto, mi abuelo era todo un conquistador —rió la muchacha.

—Pero, al final, decidimos dejarlo, para que ninguna de nosotras tuviera envidia de la afortunada —declaró Georgina.

En aquel momento, apareció «Kim», ladrando alegremente.

—¡Un perro!

—¡Qué aspecto tan horrible!

—¿De dónde ha salido ese bicho?

La señora Port apareció en aquel momento.

—Señoritas, bien venidas —dijo.

—Hola, Ann —saludó Georgina, que era la mayor de las tres hermanas—. Todo ha ido bien durante nuestra ausencia, supongo.

Ann volvió los ojos hacia el joven.

—Sí, señorita; salvo la boda del señor, no ha ocurrido nada de particular —contestó—. Con su permiso, iré a entrar el equipaje.

—Haga que le ayude el chófer; traemos muchas cosas de Europa —advirtió Emmelina.

Peggy volvió la vista un instante hacia el cuadro colgado en la pared y que representaba a las tres hermanas disfrazadas de hadas.

—Hace tiempo, fueron a un baile de máscaras y se les ocurrió vestirse de esa manera —explicó Valley.

—Parecen muy simpáticas y cariñosas.

—Lo son. —Valley pegó la boca a la oreja de la muchacha—. Pero yo lo soy más todavía —añadió con un murmullo de voz.

Ella sonrió.

—No me cabe la menor duda —repuso.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España